

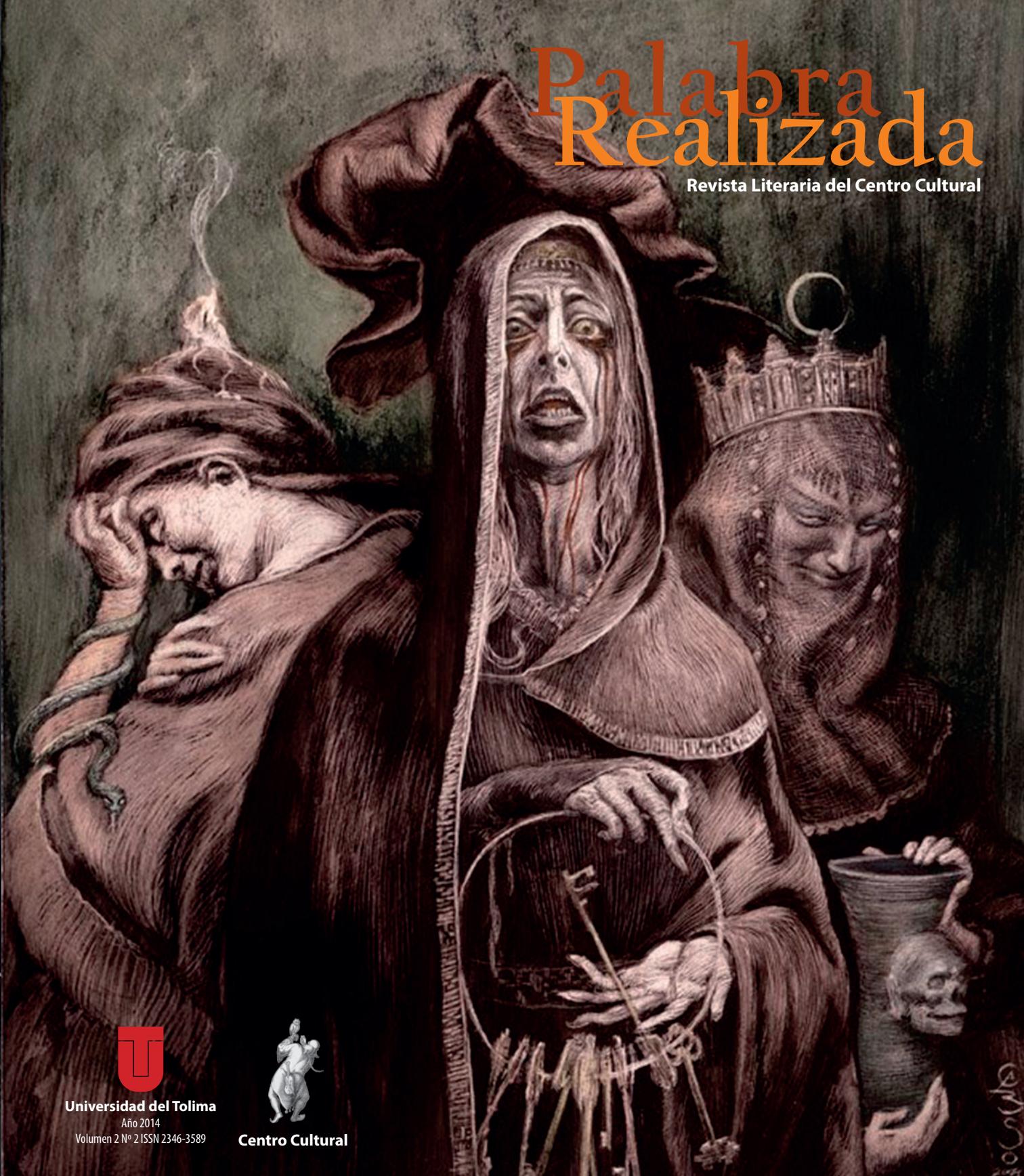
Palabra
Realizada



Centro Cultural

Palabra Realizada

Revista Literaria del Centro Cultural



Universidad del Tolima

Año 2014

Volumen 2 N° 2 ISSN 2346-3589



Centro Cultural

Palabra Realizada

Revista Literaria del Centro Cultural



Centro Cultural
Universidad del Tolima

UNIVERSIDAD DEL TOLIMA

Rector:

José Herman Muñoz Nuño

Director Centro Cultural:

Julio César Carrión Castro

PALABRA REALIZADA

Revista Literaria

Volumen 3 N° 3

Segundo semestre 2014

Director:

Omar Alejandro González Villamarín

Comité Editorial:

Jhon Edwin Trujillo

Paul Riaño Segura

Juan Romero

Diseño y Diagramación:

Leonidas Rodríguez Fierro.

Portada y contraportada

Santiago Caruso. Ilustrador argentino.

Portada: *Nuestras damas de tristeza*

Contraportada: *El horror de Dunwich*

Impresión:

León Gráficas Ltda.

Tiraje 1.000 ejemplares.

Dirección postal: Centro Cultural

Universidad del Tolima.

Barrio Santa Helena-Ibagué

E-mail: creacionliteraria@ut.edu.co

Teléfonos: (+) 57-8-2770181 - 2771212 Ext. 9776

La muerte va por el mundo vestida de escoba

Editorial

Sobre la muerte hay sólo impulsos, especulaciones y acertijos; nunca una certeza, más allá de que es real y evidente. Es el camino o el paso, el lapso –creen unos-. No lleva a nada, concluye y extermina –creen otros-. Algunos dirán que la experimentamos a diario, como Borges, a través del sueño; otros dirán que es producto del pecado, pues por culpa de este, entró ella al mundo, y aseguran que será echada al infierno junto con Satanás en la victoria final de Cristo, y será la vida eterna. En otra latitud es equilibrio, necesaria presencia, adoración. Hay fiesta dedicada a ella y ricos dulces de variados sabores llevan su estampa. En otro territorio la muerte no tiene lugar hasta que la esencia ha fluctuado por muchas formas de vida y reexistido una y otra vez. Occidente, siguiendo los versos de John Donne con su poema Muerte no te envanezcas, destina miles de dólares anuales para su posterior erradicación en un proyecto conjunto del que son parte grandes potencias. Los aztecas rendían culto a Ah Puch, representación de la muerte. Cada año erigían una pirámide con los cráneos de las personas fallecidas durante ese tiempo, prendían fuego y danzaban alrededor de la hoguera entonando cantos a su dios. Esto, según su creencia, garantizaba que en el ciclo siguiente la natalidad y la mortalidad estuvieran en equilibrio. Aquí la idea es sugestiva, pues no se la ve como un espíritu negativo que cercena la vida, sino como una divinidad que sostiene en equilibrio la vida y su declive.

En la era de la tecnología vemos cómo, de manera

vertiginosa y progresiva, ganamos terreno en la lucha por erradicar enfermedades, pestes y catástrofes, y al tiempo avanzamos (si el ejemplo cabe como avance) en nuestra destrucción a través de guerras, contaminación y exterminio. Mientras un hombre es curado, por primera vez en el globo, de la enfermedad que mató a cientos de miles hace apenas unos siglos, otro hombre se desvanece de hambre en los desiertos y planicies de África. Al tiempo en que se hace visible la esperanza de eliminar el SIDA, en la cama de un hospital del tercer mundo es desconectada una mujer por la carencia económica de sus familiares. En Colombia es frecuente enterarse, a través de noticieros y otros medios informativos, de personas que mueren a la entrada de hospitales y clínicas privadas por no tener su contrato de salud con entidades específicas.¹ ¿Dónde está, Muerte, tu poder, si cada vez es más obvio que el hombre no solo te suplanta sino que te ignora? Esclava eres del azar, del destino, de reyes y desesperados, grita certero Donne en 1616 cuando la medicina se alzaba y erigía una nueva forma de concebir nuestra relación con el cuerpo más allá del rictus divino que lo dominaba.

Quizá sea la muerte el lugar del encanto, de la tranquilidad, del sueño eterno. Quizá sea una agonía eterna, tal vez sea cierto que de ella proviene y

¹ Para ampliar esta mirada invito a leer *La muerte y sus símbolos: la muerte en la era tecnocrática* de Orlando Mejía, médico y escritor de Caldas, quien profundiza sobre los aspectos políticos y económicos que regulan la vida y la muerte en la postmodernidad.

que ella es la misma nada. Aquí, en el reino de los vivos, se hace visible, pero pertenece a nosotros la incertidumbre de lo que es en sí la muerte; a nosotros nos corresponde el morir, pero no podemos dar cuenta de lo que significa estar muerto. Orfeo y Dante, a pesar de descender a los infiernos en la búsqueda de su amor, no pudieron verle, aunque la tuvieron como fantasmal presencia que los espiaba. Hay sentencia de lo que espera más allá de ella en las pinturas e ilustraciones de Bekinski, que tras un coma de varios años, despertó para ilustrarnos su siniestro sueño.

Alternativa, salida, escape, búsqueda, anhelo; palabras todas en las que nos encontramos con la idea de habitarla. Hemos imaginado que apadrina a uno de nuestros hijos, que pronto soplará con dolor la siguiente vela, que quizá venga a nuestro encuentro cuando en sufrimiento la llamamos, la deseamos. Alguien logró meterla en un costal para que no pudiera agitar su hoz, otro, de estas tierras, logró subirla a la cima de un árbol y la gente no moría. Saramago imaginó que no trabajaba más y hasta hizo de ella una mujer enamorada. En una crónica de Germán Espinosa la muerte se lleva el cuerpo, pero el alma de Guisepe Bálamo (Cagliostro), aparece materializada en el cuerpo de Saint Germain, de Max Heindel, hasta su última existencia con la misteriosa desaparición del escritor Fulcanelli. Nietzsche pronosticó la muerte de Dios, y muchos siglos antes que él, el gran Aquiles daba heridas de muerte a las divinidades del olimpo con un poder deicida otorgado paradójicamente por un dios. Kundera muestra en La inmortalidad que la idea de no morir depende de cómo se ha vivido para permanecer en el recuerdo de los otros, de manera que existen formas de ser eterno sin que esto, necesariamente,

corresponda a situaciones en las que se perpetúa el alma; basta con dejar algo de nuestra esencia plasmada en la escritura.

Tolstoi nos muestra la infinidad de pensamientos que anteceden al instante de la muerte en la conciencia del moribundo Iván Illich. Jorge Amado nos pasea por las circunstancias en las que Quincas Berró Dagua sufre dos muertes: una social y una física, en un bello cuento que no ha podido más que recibir favorables interpretaciones por parte de la crítica. El poema Sólo la muerte de Neruda sitúa a la muerte vestida de escoba y buscando muertos con su lengua. A Jaime Sabines en su poema Que costumbre tan salvaje, no le importa la muerte sino que dejemos en paz a los cadáveres o que les demos un verdadero motivo para que retornen a la vida. Vallejo anunció su propia muerte en París con aguacero y Jaramillo Agudelo la vio en cada acto cotidiano.

Esta edición de Palabra realizada se hizo pensando en las formas en que se la ha dimensionado, las miradas que en torno de ella se hacen en la actualidad y el reconocimiento a su constante presencia dentro de las esferas de la contemporaneidad. La existencia, cuenta la biblia, es representada en el fruto del árbol de la vida, y siguiendo este principio, un poco a la inversa, hemos querido hacer de ese árbol algo más que un imaginario, hemos querido humanizarlo a través de una serie de dibujos e ilustraciones de Santiago Caruso, en las que este árbol florece con humana amargura, con sufrimiento y con honda frustración.

Sea pues, la muerte, quien dé vida a estas páginas.

Omar Alejandro González Villamarín
Editor

Miradas en torno a la muerte en *La muerte y la muerte de Quincas Berro Dágua* de Jorge Amado

Juan Andrés Gracia*

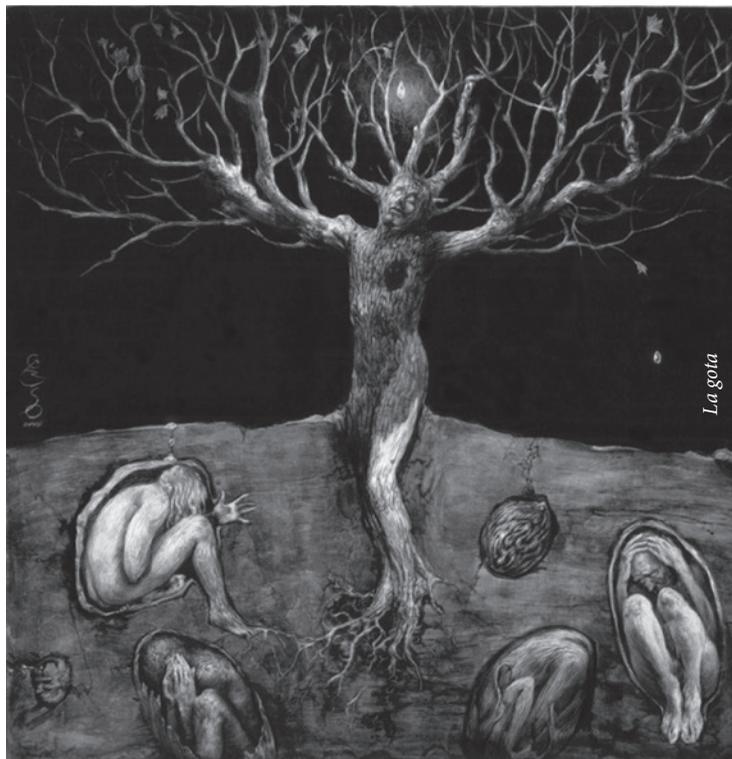
“Cada quien tiene la muerte que se busca, la muerte que se hace.
Muerte de cristiano o muerte de perro son maneras
de morir que reflejan maneras de vivir”.

Octavio Paz.

Es la muerte uno de los temas que más trascendencia tiene en la existencia del hombre, las religiones, las ciencias humanas y exactas, el arte, la filosofía etc. Precisamente por la incertidumbre que encierra el lado opuesto de la vida bien sea por su carácter metafísico, paranormal, filosófico, sociológico, erótico, poético y hasta lucrativo.

Desde la antigüedad, la relación entre las distintas civilizaciones y la muerte significó en el desarrollo de las culturas un tema de especial interés, ya que, influyó en la forma como la humanidad asumió sus vínculos con la vida y el mundo y por ende en sus manifestaciones socioculturales. Manifestaciones que en la actualidad pueden ser observadas a partir de las costumbres existentes con relación al duelo, el funeral y el tratamiento del cadáver.

En este sentido, el escritor brasileño Jorge Amado en su *nouvelle* “*La Muerte y La Muerte De Quincas Berro Dágua*” estructurada en doce capítulos: trata la historia de *Joaquim Soares da Cunha* que llegado a sus cincuenta años cansado de llevar



una vida ortodoxa y respetable, decide desaparecer para su familia y renacer a una vida desenfundada y fiestera rodeado de borrachos, jugadores,

* Licenciado en Lengua Castellana Universidad del Tolima.

prostitutas y demás, hasta llegar a ser conocido como el rey de los vagabundos *Quincas Berro Dágua* quien encuentra en este estilo de vida un verdadero sentido a su existencia y que al llegar a su sexagenario aniversario muere dos veces en un solo día.

En la nouvelle, el personaje de Quincas, los de sus familiares y amigos permiten establecer algunas manifestaciones existentes entre la cultura y la muerte. De ahí que, como lectores (desprevenidos o no) de esta obra, podemos tener un acercamiento a la muerte occidentalizada; a esa que es aceptada social y moralmente gracias a los certificados que legalizan y agilizan el tratamiento del cadáver y su correspondiente entierro; pero también, a una mirada de la muerte carnavalesca a partir del aspecto mítico- religioso que encarna el texto literario en mención.

Sin más preámbulos demos inicio al recorrido por la obra y adentrémonos en las múltiples muertes presentes en la obra de Jorge Amado.

La Muerte Moral de Joaquim Soares da Cunha

...el abuelo Joaquim, de nostálgica memoria, había muerto hacía ya mucho tiempo, decentemente rodeado por la estima y el respeto de todos. Lo cual nos lleva a comprobar que hubo una primera muerte, si bien no física por lo menos moral, fechada años antes; y que las muertes habrían sido en total tres, lo que hace de Quincas un recordman de la muerte, un campeón del fallecimiento. (Amado, 1984)

Joaquim Soares da Cunha un hombre de respetable familia, funcionario ejemplar y de intachable

elegancia, cansado de una vida llena de obediencia y servidumbre, un buen día decide escupir un improperio a su esposa e Hija y salir de casa para nunca más regresar. Su propósito, transformarse en el álgter ego de su propia personalidad: Quincas Berro Dágua. Un vagabundo empedernido que se convierte en la vergüenza y desdicha de la familia, razón por la cual teniendo Joaquim cincuenta años es dado por muerto para conservar la reputación y buen nombre de tan respetado ciudadano y del apellido propio.

Pero, ¿qué motivó a Joaquim Soares da Cunha, un hombre de cincuenta años a darle un giro a su existencia y a vivir los últimos diez años de su vida como un borracho, un jugador sucio, harapiento, mujeriego y vagabundo?

De acuerdo con Georges Bataille, uno de los aspectos de la vida interior del hombre es el erotismo. Para éste: *“El erotismo es lo que en la conciencia del hombre pone en cuestión al ser.”* (Bataille, 2010)

Siguiendo esta línea de argumentación podemos decir que algo sucede en la conciencia de Joaquim para que su ser desequilibrase su vida; y en consecuencia, naciera *Quincas Berro Dágua* como producto de su deseo y de su conflicto interior. Hay que advertir, que para *Batalle*, el erotismo no se reduce solamente a la actividad sexual. Por el contrario, el erotismo es una experiencia interior de cada individuo relacionada estrechamente con un objeto de deseo. Objeto que está asociado a la objetividad del mundo exterior, pero también a la experiencia personal del sujeto y a las prohibiciones y trasgresiones que éste realice para la satisfacción de su deseo.

...era Joaquim Soares da Cunha, correcto funcionario de la Dirección de Rentas de la Provincia, jubilado después de veinticinco años de buen servicio, esposo modelo ante el cual todos se sacaban el sombrero para estrecharle la mano. ¿Cómo puede un hombre a sus cincuenta años, abandonar la familia, la casa, los hábitos de toda una vida, los antiguos conocidos, para vagabundear por las calles, beber en los bares baratos, frecuentar un burdel, vivir sucio y barbudo en una infame pocilga, dormir en un catre miserable? [...] Locura no era, por lo menos locura de hospicio; la opinión de los médicos había sido unánime. (Amado, 1984: 23)

A partir de lo anterior, podemos decir que *Quincas* surge como una experiencia interior de *Joaquim Soares* y que dicha experiencia no es más que una expresión erótica de su existencia; personificada en una vida trasgresora que destroza todo tipo de prohibiciones bien sean de carácter social, familiar y, por qué no decirlo, también de clase.

El objeto de deseo del funcionario jubilado y esposo modelo no es otro que escapar a ese estilo de vida ortodoxo que por tantos años ha sobrellevado. Abandonar a su familia, a los conocidos, los hábitos de vida impuestos por la sociedad, las buenas costumbres y el buen nombre son los imperativos que ponen en conflicto a su ser interior. Y que solamente lograría encontrar satisfacción en la trasgresión.

Ahora bien, siguiendo con el razonamiento de *Bataille*, para que el erotismo en realidad sea una experiencia interior en el hombre, la conciencia debe encontrarse en conflicto con la prohibición y la transgresión, siendo estos términos inconci-



liables; que precisamente por su carácter dialéctico ponen en cuestión al ser y desequilibran a la vida misma. Según este autor:

En cualquier caso, el hombre pertenece a ambos mundos (la prohibición y la trasgresión)¹ entre los cuales por más que quiera, está desgarrada su vida. El mundo del trabajo y de la razón es la base de la vida humana, pero el trabajo no nos absorbe enteramente y si bien la razón manda, nuestra obediencia no es jamás ilimitada. Con su actividad, el hombre edificó el mundo racional, pero sigue subsistiendo en él un fondo de violencia. La naturaleza misma es violenta y, por más razonables que seamos ahora, puede volver a dominarnos una violencia que ya no es la natural. (Bataille, 2010: 44)

Al respecto conviene decir que, todo aquello que esté mediado por el trabajo y la razón, está sometido a la prohibición. Siguiendo a Bataille “*El trabajo exige una conducta razonable, en la que no se admiten impulsos tumultuosos que se liberan en la fiesta o mas generalmente en el juego*” (Bataille, 2010: 45) mientras que, a la trasgresión le corresponde precisamente el fondo de violencia (animal) y los impulsos tumultuosos que se liberan donde la racionalidad no manda.

Es así como, frente al mundo racional de *Rafael Soares da Cunha* surge el impulsivo y trasgresor *Quincas Berro Dágua* quien prefiere el título de Rey de los vagabundos al de un Correcto funcionario jubilado; el juego, a las responsabilidades que exige el buen nombre; frecuentar un burdel, en lugar de volver con su familia; vivir sucio y barbudo en una infame pocilga, antes que seguir siendo el hombre modelo ante el cual todos se levantaban el sombrero para estrecharle la mano. Razón por la cual la familia prefiere darlo por

¹ Los paréntesis no son de la autoría de Bataille en la cita.

muerto mucho antes de que en realidad lo estuviera “*la memoria del jubilado de la Dirección de Rentas ya no se veía perturbada y arrastrada en el fango por los actos irresponsables del vagabundo en que se había transformado al final de la vida*” (Amado, 1984: 17-18)

La Muerte Occidentalizada

“Muérase, nosotros hacemos el resto”
eslogan publicitario norteamericano

Como dijimos al principio, la relación entre las civilizaciones y la muerte ha influido en la forma como la humanidad ha asumido y asume sus relaciones con el mundo. En este sentido, la muerte contribuyó para que el hombre como especie tomara distancia de los animales, precisamente por la conciencia que tiene de ella y de la actitud que ha asumido para con los muertos.

En nuestra era de consumo, ciencia y tecnología, la muerte ha pasado a ser un asunto de la medicina. Tanto que esta última tiene la potestad científica y legal de prolongar la vida de una persona a través de procedimientos o medicaciones o, por el contrario, llegado el caso del fallecimiento, certificar que realmente el paciente o individuo ha muerto. Certificado que es requerimiento legal, sí como ciudadano se pretenden realizar todos los trámites legales y funerarios que se solicitan para poder darle una “cristiana” sepultura al cadáver.

Añádase a este planteamiento que, en la actualidad la actitud hacia la muerte, el tratamiento del cadáver, y el acto funerario, responden a las políticas de mercado: a la oferta y la demanda siendo la



Calavera Galvanera

industria funeraria la que permite acompañar al difunto en su trayecto por el camino de la muerte. Camino, que no difiere mucho del sentido de la vida ya que, la mayoría de las civilizaciones suponen una vida más allá de la muerte. Lo que significa en el caso de nuestra sociedad el paraíso propuesto por las religiones Judeocristianas.

Así como la persona muere en el hospital, alejada de su espacio personal para que el momento de la muerte sea menos significativo para los vivos, de igual manera la velación del muerto se hace fuera de su casa, pues de lo contrario conservaría el nexa simbólico con la vida e impediría a sus familiares negar su tristeza. La próspera industria de

los servicios fúnebres basa su poder de convicción en que ofrece despojar la muerte de su sentido real brindando en su lugar un sucedáneo frívolo. (Mejía, 2000: 49)

Aquí conviene detenerse un momento para reflexionar acerca de las costumbres relacionadas con el duelo, el funeral y el tratamiento del cadáver. En nuestra sociedad de consumo (termino que no es indiferente al hablar de lo occidentalizado). Tal como lo plantea *Orlando Mejía*, la prospera industria, ofrece a cambio de una suma de dinero o la adquisición de un seguro funerario, sus servicios para sustituir a la familia de una manera fría y profesional en todo lo relacionado con el cadáver: la preparación del cuerpo, la velación y el entierro. En otras palabras, el dolor de la pérdida de un ser amado, el proceso de duelo, se ven disminuidos en la medida que interviene un mediador que a cambio de dinero: en la mayor brevedad de tiempo, se encarga de todo lo necesario para que la familia evite la angustia de acercarse al cadáver; arreglar el despojo mortal asegurándole un espacio para la velación y el lugar donde el cuerpo reposará mientras su alma inicia su peregrinación camino a la vida eterna.

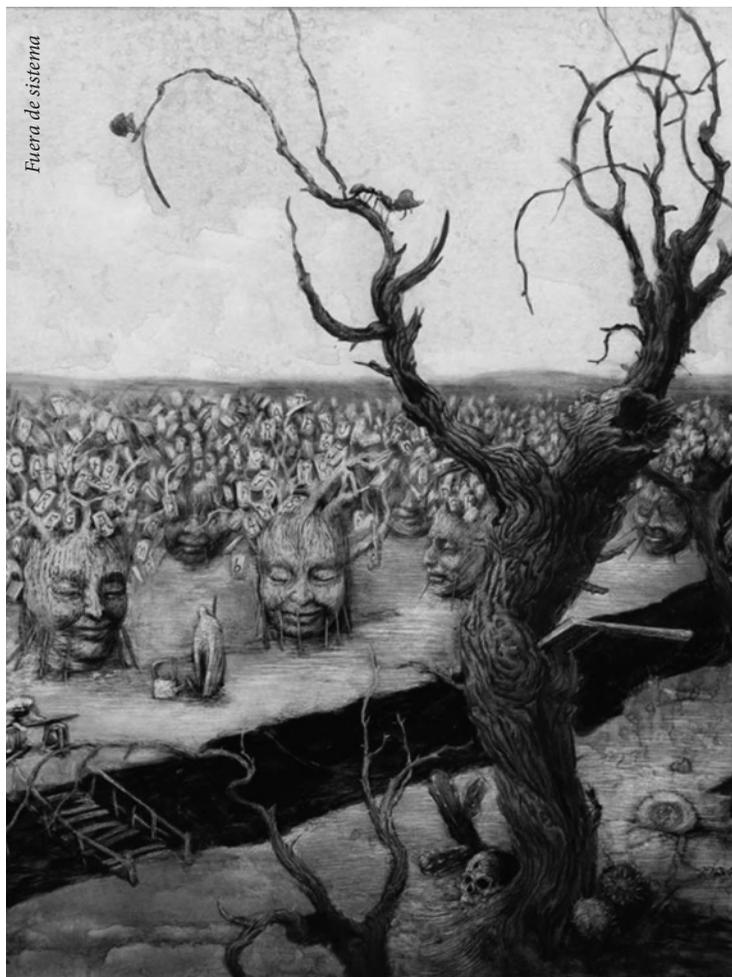
Lo importante en estos casos, es que aspectos concernientes con lo jurídico y legal estén reglamentados para así poder proceder de acuerdo a lo pagado: El modelo y calidad de ataúd, la publicidad, la sala de velación, la bóveda o el emplazamiento en suelos, la cremación, la camioneta fúnebre etc.

... el cadáver es conducido a una casa funeraria que se caracteriza por su neutralidad simbólica.

Pues no existe allí elementos mortuorios evidentes: la casa de velación con salas de espera comunes, donde distintos deudos se juntan en un tipo de relación que despersonaliza el dolor de cada uno y diluye la individualidad del muerto. Varios ataúdes a corta distancia generan una sensación de irrealidad y ficción {...} El tiempo empleado en el rito funerario se reduce cada vez más; lo importante es que el velorio transcurra con rapidez, que no pasen más de unas horas entre la muerte de cada persona y su entierro... (Mejía, 2000: 49,50)

Dicho lo anterior, volquemos una mirada a la muerte occidentalizada presente en la obra en mención de *Jorge Amado*: pasados diez años de haber sido declarado muerto *Joaquim Soares da Cunha* por parte de su familia, una mañana un santero toca a la puerta de los *Barreto* para comunicar que *Quincas Berro D'água* había fallecido en su miserable pocilga. Razón por la cual, sienten un alivio al saber que por fin desaparecerían los motivos de vergüenza para la familia y, se ven en la obligación de organizar un concilio familiar para discutir los asuntos relacionados con el entierro, el arreglo del cadáver, la velación y hasta el destino de la pensión del funcionario.

... Así es el mundo, poblado de escepticos y pesimistas, atados como el buey al yugo, al orden y a la ley, a los procedimientos habituales, al papel sellado {...} Primero llamar al medico para conseguir el certificado de defunción, despues vestir decentemente el cadaver {...} El cadaver habia quedado confiado a los cuidados de una empresa funeraria propiedad de un amigo del tío Eduardo. Veinte por ciento de descuento. Tío eduardo explicaba: -Lo más caro es el cajón, y los automoviles si hay mucha gente. Una fortuna. Hoy en dia ya



Fuera de sistema

no se puede ni morir. En las inmediaciones habian comprado un traje nuevo, negro (la tela no era gran cosa pero, como decía Eduardo, para que se la comieran los gusanos, hasta era demasiado buena), un par de zapatos también negros, camisa blanca, corbata, un par de medias. Calzoncillo, no era necesario. Eduardo anotaba todos los gastos en un cuadernito. Experto en finanzas, su negocio prosperaba {...} Vanda pensaba llevar el cadáver a su casa y hacer el velorio en la sala, ofreciendo

café, licor y masas a los presentes, durante la noche. Llamar al padre Roque para que bendijese el cuerpo. Realizar el entierro por la mañana bien temprano, demodo que pudiese asistir mucha gente, compañeros de la repartición, viejos conocidos, amigos de la familia. Leonardo se opuso ¿para qué llevar el difunto a casa ? ¿para qué invitar a vecinos y a amigos, molestar a un montón de gente? (Amado, 1984: 14,24,29,30)

De éstas y otras páginas facilmente podemos deducir, cómo en la obra se devela la relación del mundo occidentalizado con la muerte. Mediada por requerimientos legales (*el papel sellado*), el consumo de acuerdo con las capacidades de los dolientes (*Una fortuna. Hoy en dia ya no se puede ni morir*) Y asi mismo, la relacion con el cadaver hasta despedirlo en su camino a la vida eterna (*vestir decentemente el cadaver, confiarlo al cuidado de una empresa funeraria, llamar al padre para bendecir el cuerpo*) y hasta la forma como se debe asumir el duelo publico pues siendo un mundo tan ocupado (*atado al yugo, al orden, a la ley*) lo mejor es no incomodar a nadie con las molestias que acarrea la muerte en una sociedad cuyas ocupaciones priman sobre los sentimientos.

Esta descripción será incompleta si dejamos de lado el imaginario social del duelo y el cadaver, una vez hemos resaltado las características propias de la muerte occidentalizada en la *nouvelle*.

Según *Mejia*, la manifestacion cultural del duelo²en el siglo XX :

² Respecto a este tópico véase Orlando Mejía Rivera "Los cambios en las costumbres del duelo, los ritos funerarios y el significado del cadáver" En: La muerte y sus símbolos , Universidad de Antioquia 2000.

... se intenta anestesiarse en los vivos el dolor que se produce la muerte de un ser amado y cercano con el fin de que las personas no piensen en la realidad de la muerte propia y ajena. El duelo es rechazado por la sociedad tecnologica, se exige que los deudos escondan su aflicción, es mal visto el llanto exagerado y el luto desaparece; la vida debe continuar como si nada significativo hubiese ocurrido. (Mejia, 2000: 49)

En este aspecto, la obra nos muestra dos concepciones relacionadas con la manifestacion publica del duelo. Una la podemos ver desde la familia avergonzada de *Joaquim* y la otra desde los amigos de juerga del vagabundo *Quincas*. Por ahora, centremonos en conocer la manifestacion publica de la familia de *Joaquim* y dejemos para más adelante la disertación sobre los amigos y conocidos de *Quincas* una vez hallanemos el acapite de la muerte carnavalesca contemplada en el texto

... cuando Vanda llegó. El santero informaba en voz baja: -Esa es la hija, tenia hija, yerno, hermanos. Gente distinguida. El yerno es funcionario, vive en Itapagipe, en una casa de primera. Se apartaron para dejarla pasar, esperando verla abalanzarse sobre el cadáver, abrazarlo deshecha en lágrimas, quizá sollozando [...] Vanda se quedo Inmovil [...]ya no tenia lagrimas para llorar ni sollozos para llenar el cuarto {...} en ese momento se limitaba a mirarlo con el rostro ruborizado de vergüenza. (Amado, 1984: 22)

Como ya pudimos ver en lineas anteriores, la familia *Barreto* una vez enterada de la muerte de *Quincas*, decide como plan de acción realizar una junta familiar para decidir de que manera proceder. El lugar de encuentro: un restaurante, los familiares allí presentes(*hija*,

verno, hermanos) además del sentimiento de alivio al enterarse de la muerte, no exteriorizan ningún sentimiento de tristeza, no hay llanto ni dolor de duelo, por el contrario buscan las alternativas para hacer del entierro un acto que para los allegados, amigos y vecinos pase desapercibido.

-Lo mejor es hacer correr la noticia de que murió en el interior, que recibimos un telegrama {...} lo mejor era enterrar a Quincas lo más discretamente posible, comunicar después el hecho a los amigos e invitarlos para la misa del séptimo día. Así quedó convenido. Pidieron un postre. (Amado, 1984: 31,34)

Hablemos ahora del imaginario social del cadaver que predomina en nuestra época. Para ello, bifurcare mi razonamiento en dos aspectos: el primero tiene que ver con la apariencia del muerto y el segundo se refiere a la memoria que se tiene del difunto.

En cuanto a la apariencia del cadaver *Mejía* plantea que “*la sociedad de consumo ha invadido el espacio del cuerpo muerto para disfrazarlo de cuerpo vivo; existe un mercado muy lucrativo de sombra, maquillaje, pelucas, entre otros diseñados para hacer parecer vivos y bellos los rostros de los muertos.*” (*Mejía, 2000: 67*)

Contrastado lo anterior con la obra de *Jorge Amado* veamos cómo la familia *Barreto* se vale de toda una indumentaria para despojar la presencia de *Quincas* y restaurar la de *Joaquim Soares da Cunha*.

Los hombres de la empresa funeraria habían hecho un buen trabajo, eran experimentados y capaces. Como dijo el santero, que pasó a ver como iban

las cosas, “no parecía el mismo muerto”. Peinado, afeitado, vestido de negro, camisa blanquísima y corbata, zapatos lustrosos era realmente Joaquim Soares da Cunha quien descansaba en el féretro, un espléndido cajón (comprobó, satisfecha, Vanda) de manijas doradas con volados en los bordes. (Amado, 1984: 36)

Lo anterior nos conduce a hablar del segundo aspecto; el cual tiene que ver con la memoria del muerto. Como bien pudimos observar, las decisiones tomadas por *Joaquim* cuando tenía cincuenta años, condujeron a la familia *Barreto* preferir darlo por muerto de manera moral y de esta forma evitarse la vergüenza de verse relacionados con el vagabundo en el que se había convertido el respetado funcionario de la Dirección de Rentas. No obstante diez años después de aquellos sucesos reciben la grata noticia por parte de un santero de la muerte física del Vagabundo y una vez han resuelto que hacer con el muerto su propia conciencia atada *al yugo, al orden y a la ley*, los conduce a plantearse la siguiente tesis:

“Cuando un hombre muere, se reintegra a su más auténtica respetabilidad, aunque haya cometido locuras en su vida. La muerte borra, con su mano de ausencia, las manchas del pasado; la memoria del muerto brilla como un diamante. He aquí la tesis de la familia, aplaudida por vecinos y amigos. Según ellos, Quincas Berro Dágua, al morir Había vuelto a ser aquel antiguo y respetable Joaquim Soares da Cunha de buena familia, funcionario ejemplar.”. (Amado, 1984: 16)

A manera de síntesis, podemos decir que una vez el muerto se encuentra en el ataúd, cualquier falta moral que el sujeto haya cometido mientras vivía,

el tiempo de la ausencia servirá como intercesor para que sus fallas sean olvidadas y perdonadas por la sociedad necesitada de equilibrar una conciencia atada *al yugo, al orden y a la ley* honrrando la memoria del muerto.

La Muerte Carnavalesca de Qincas Berro Dágua

“En ciertas fiestas desaparece la noción misma de orden. El caos regresa y reina la licencia”

Octavio Paz

Llegado a este punto, creo conveniente delimitar mi disertación respecto a la muerte carnalesca; precisamente por la problemática que surge al emplear el término que adjetiviza la tercer muerte de *Quincas*: el carnaval.

De acuerdo con *Bajtín*³, hablar del carnaval en literatura es hablar de llevar el carnaval a la literatura, y es precisamente lo que logra hacer *Jorge Amado* con la obra en mención respecto a la tercer muerte de *Quincas Berro Dagua* en donde el tejido narrativo se nutre de :

imágenes que se distinguen por una especie de “carácter no oficial” indestructible y categorico, de tal modo que no hay dogmatismo, autoridad ni formalidad unilateral que pueda armonizar con las imágenes {...} decididamente hostiles a toda perfección definitiva, a toda estabilidad, a toda formalidad limitada, a toda operación y descición circunscritas al dominio del pensamiento y la concepción del mundo. (Bajtín, 1990: 8)

³ Al respecto véase a Bajtín, Mijail. La cultura en la edad media y el renacimiento. El contexto de François Rabelais. Madrid: Alianza editorial, 1990.



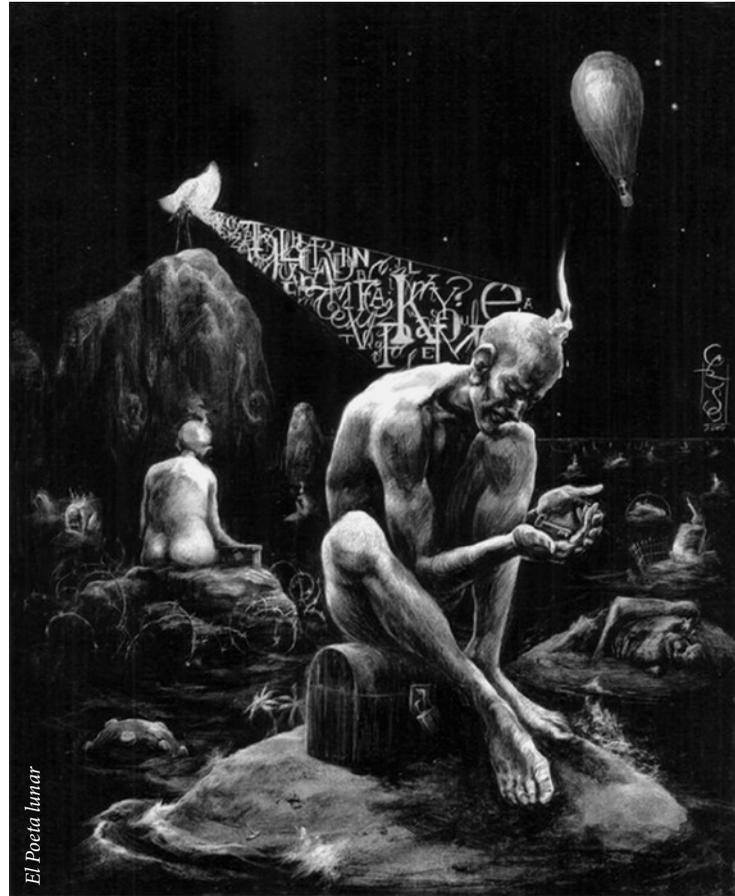
Las imágenes presentes en la obra de *Amado* respecto a el rey de los vagabundos, su muerte, sus amigos, sus allegados, sus costumbres, el juego, la risa etc. No armonizan con la estabilidad de la conciencia atada al yugo, al orden y la ley; son imágenes que escapan a toda perfección definitiva, a toda etiqueta y a toda moral establecida. Siendo precisamente, el carácter no oficial de la muerte de *Quincas* el que nos permite establecer el carnaval en la obra. Claro esta, con las mani-

festaciones propias de la cultura latinoamericana y con los rasgos particulares de la cultura afro-brasileña de los habitantes de *Salvador de Bahia* (Brasil), lugar donde se desarrolla la historia.

Hasta hoy persiste cierta confusión en torno a la muerte de Quincas Berro Dagua. Dudas por explicar, detalles absurdos contradicciones en las declaraciones de los testigos, lagunas diversas. No hay claridad sobre la hora, lugar y últimas palabras. La familia apoyada por vecinos y conocidos se mantiene intransigente en la versión de la tranquila muerte matinal, sin testigos, sin boato y sin palabras, acaecida veinte horas antes de aquella otra propalada y comentada muerte en la agonía de la noche cuando la luna se deshizo sobre el mar y acontecimientos misteriosos ocurrieron en los muelles de bahía {...} la historia no pasa de ser un grosero embuste de borrachos inveterados, de atorrantes al margen de la ley y de la sociedad, sinvergüenzas cuyo paisaje debiera ser las rejas de la cárcel y no la libertad de las calles, el puerto de bahía... (Amado, 1984: 13,14)

Comencemos por evocar las disparidades carnalescas⁴ que rodean la muerte de *Quincas Berro Dágua* que murió en la época sagrada de las fiestas de *Xangó*, en una pocilga sucio, barbudo y recostado en un catre miserable. Su rostro sonreía como si la muerte lo divirtiera y un dedo grande

⁴ Aquí conviene detenerse un momento en la forma arquitectónica de la nouvelle para develar el tratamiento que el autor hace del carnaval. Como ya lo mencionamos en líneas anteriores, la obra está conformada por XII capítulos que pueden ser divididos en dos partes si se quiere: de los capítulos I al VI el tejido narrativo abarca principalmente la relación de Quincas con la familia; en donde sutilmente se va introduciendo el tema carnavalesco. No obstante, es a partir de los capítulos VII en adelante, donde el carnaval a través del componente mítico religioso de la obra cobra relevancia en la historia.



del pie le salía por un agujero de la media afirmando con ello el merecido apetito de rey de los vagaundos. En el transcurso del día, la familia Barreto, hizo todo lo posible por devolver al cadáver y al apellido una dignidad disimulada, pero con la llegada de la noche es el propio *Quincas* con la complicidad de sus amigos quien se encarga de velar por su propio entierro y negar el carácter oficial de su propia muerte.

Llegada la noche, y después de que la empresa funeraria hubiese restaurado la imagen de *Joaquim*

Soares da Cunha, aparecen los amigos de Quincas⁵ con la intención de verlo y acompañarlo toda la noche. Incredulos ante el cadáver, por el implecable aspecto que éste tenía. Se sienten extraños frente a un cuerpo que no conocían y a una familia que parece mirarlos con desagrado. Con la llegada de los atorrantes, la familia poco a poco emprendió la retirada dejando al difunto acompañado de sus amigos. En la complicidad del encuentro, brotó el aguardiente y la camaradería. Primero intentaron rezar alrededor del difunto pero notaron que Quincas parecía indiferente a los rezos. Entonces optaron por conversarle, por abrirle la boca al muerto y llenarsela de aguardiente, de devolverle sus antiguas ropas y rifarse el traje luctuoso entre ellos con lo cual quincas parecía más alegre.

Con el licor, el grupo se llenó de entusiasmo y el espíritu de fiesta no se hizo esperar, emprendieron camino por la misteriosa ciudad de Bahía. Bebieron en bares y prostíbulos, pelearon en el “Bar de Cazuzu ” y fueron a comer cazuela en el barco pesquero de Mestre Manuel quien hizo las velas del barquito para que Quincas y Quiteira OjoAsombrado gozaran de su idilio aquella noche de fiesta. En medio del barullo de la noche se desató una tormenta y fue allí donde en medio de un mar enfurecido y a la luz de los rayos el record man de la muerte, el rey de los Vagabundos pronuncio sus últimas palabras y se arrojó al mar enterrándose como el quería.

5 El Cabo Martim, El Negro Flequillo, Ventarrón, Churrinche.

La Epoca Sagrada de las Fiestas de Xangó⁶; aspecto mitico-religioso de la muerte de Quincas

Las fiestas tienen siempre una relación profunda con el tiempo. En la base de las fiestas hay siempre una concepción determinada y concreta del tiempo natural (cósmico), Biológico e histórico. Además las fiestas en todas sus faces históricas, han estado ligadas a períodos de crisis , de transtorno, en la vida de la naturaleza, de la sociedad y del hombre. La muerte y la resurrección, las suseciones y La renovacion constituyeron siempre los aspectos esenciales de la fiesta. Son stos momentos precisamente (bajo las formas concretas de diferentes fiestas) los que crearon el clima típico de la fiesta. (Bajtin, 1990: 14)

Apelando a palabras de *Bataille*, podríamos agrregarle a lo anterior que la fiesta surge como una experiencia interior de las sociedades, de las crisis (sociales, religiosas, políticas, económicas), los transtornos de los pueblos y sus gobernantes en donde; la fiesta (objeto de deseo) sublima su erotismo en la muerte y la resurrección, en la sucesión y la renovacion. En otras palabras, en la vida religiosa de los pueblos.

6 30 de septiembre. Día de San Jerónimo. Fiesta de Xangó. En Bahía, los candomblés de origen quetu, ijexá o nagó, siguen el calendario cristiano, que permite una actualización cíclica del tiempo. Si bien, debido a que los diferentes candomblés son autónomos, existen tantos tiempos sagrados como terreiros. el año del camdomblé no se identifica con el año legal que lleva del primero de enero al 31 de diciembre, sino que parte del final de agosto y termina al comienzo del mes de agosto siguiente. De hecho, la mayor parte de los candomblés de origen yoruba (no todos) realizan sus celebraciones más importantes entre los meses de septiembre y diciembre. (<http://www.diariosigloxxi.com/texto-diario/mostrar/21317/el-candomble-y-las-religiones-afro-brasilenas-iv>) {Consultado el 03 de agosto de 2012}



El sueño del otro

Veamos ahora algunos de los aspectos mitico-religiosos de la obra con lo cual, podremos contrastar lo hasta aquí dicho respecto a este topico.

El día que *Quincas* muere, es justamente la época de las fiestas de *Xangó*, una deidad candomblé del pueblo Orixas. “El habia prometido conseguir ciertas hierbas difíciles de hallar e imprescindibles

para los rituales de candomblé” (Amado, 1984) lo cual deja ver a *Quincas* como hijo de *Xangó* y devoto de los rituales de candomblé.

Quincas Berro Dágua estaba en uno de sus mejores días. Un entusiasmo inusual se había apoderado del grupo se sentían dueños de aquella noche fantástica, con la luna llena envolviendo el misterio de la ciudad de Bahia. En la ladera del Pelourinho,⁸ las parejas se refugiaban en los portales centenarios, los gatos maullaban en los tejados, las guitarras gemían serenata. Era una noche de encantamiento: A lo lejos resonaban redobles de atabaques⁹, el pelourinho parecía un escenario fantasmagórico. (Amado, 1984: 78)

He de referirme a un aspecto que considero tiene relevancia a lo largo de la obra. Principalmente, en la muerte carnavalesca de *Quincas* a la cual nos estamos refiriendo. Y es que precisamente por la manera en cómo están relatadas las acciones del cadáver, nunca se sabe si este está realmente vivo o muerto. En consecuencia, como podemos ver en el párrafo anterior el entusiasmo del rey de los vagabundos y el grupo, era compartido también por los habitantes de *Salvador de Bahia*, pues estaban conmemorando la fiesta de *Xangó*.

Ahora bien, en cuanto a la muerte o entierro de *Quincas* en el mar, podemos dilucidar lo siguiente.

7 Rito religioso afrobrasileño.

8 La palabra *Pelourinho* (picota en español), se refiere, en el amplio sentido de la palabra, a una columna de piedra localizada normalmente al centro de una plaza, donde eran expuestos y castigados los criminales. En Brasil, y en particular el *pelourinho* de Salvador, tuvo un propósito principal de castigar a los esclavos mediante azotes durante el periodo de la colonia. (http://es.wikipedia.org/wiki/Salvador_de_Bah%C3%ADa) {consultado el 03 de agosto de 2012}.

9 Tambor que se usa para marcar el ritmo de danzas populares y religiosas.

te: en primer lugar y de acuerdo con *Amado* el apodo de “*Berro Dágua*” significa “Grito de agua” y dicho apelativo se lo había merecido por ser considerado como el mejor bebedor de aguardiente, Grito de agua; entre más aguardiente tomaba más lúcido y brillante se volvía.

Por otro lado, aparte de ser considerado el Rey de los vagabundos también proclamaba llevar la navegación en la sangre de ahí que:

En los barquitos pesqueros de velas arriadas, los hombres del reino de Iemanjá, los bronceados marineros, no escondían su decepcionada sorpresa. ¿Cómo había podido ocurrir esa muerte en un cuarto del tablón, cómo había ido el “viejo mariner” a morir en una casa? ¿Acaso Quincas Berro Dágua no había proclamado tantas veces perentoriamente con voz y tono capaces de convencer al mas incrédulo, que jamás moriría en tierra, que sólo había un tumulto digno de un atorrante como él: el mar bañado por la luna, las aguas sin fin? {...} los marineros tocaban las guitarras, cantaban la magia del mar, la seducción fatal de Janaina¹⁰ Y el viejo marinero Cantaba mas alto que nadie. (Amado, 1984: 45,46)

Bien pareciera por todo lo anterior que al final de cuentas, Quincas cumplió su propósito de no ser sepultado en tierra. De encomendar sus deijos mortales al mar bañado por la luna. Pero sobre todo, a estar por la eternidad en compañía de Iemanjá¹¹ la esposa de los pescadores, el amor

¹⁰ Iemanjá o Yemanjá.

¹¹ Yemanjá la señora de las aguas, poderoso orixá del candomblé, sirena de cinco nombres: Doña Janaína, Yanae, Yá, Rainha de Aioka. / Ella reina sobre ese imperio de las aguas, del mar, de los lagos y los ríos, dirige los vientos, desata temporales. / Madre y esposa de los pescadores, su amor supremo, su deseo imposible. (http://latien-dadelosmilagros-marita.blogspot.com/2011_02_01_archive.html)

supremo que habita en las profundidades de las aguas. Una sublimación última de su erotismo. un deseo de morir y resucitar en el imperio de las aguas a través de la consumación simbólica de fusionar su cuerpo con el de la sirena de los cinco nombres en medio de un temporal.

En suma, podemos decir que las múltiples muertes presentes en la obra de Jorge Amado nos han permitido establecer un diálogo textual con las manifestaciones socioculturales de la muerte desde la óptica de una sociedad occidentalizada, pero también desde el punto de vista de la fiesta y el carnaval.

A través de la obra hemos podido develar la relación existente entre el erotismo y la muerte, entre transgresión de una norma u orden establecido y la consumación de un deseo. Relaciones encarnadas en la experiencia interior de Quincas Berro Dágua, en sus múltiples muertes reflejo de sus múltiples vidas.

Referencias bibliográficas

- Amado, J. (1984). *LA MUERTE Y LA MUERTE DE QUINCAS BERRO DAGUA*. Santiago de Chile: ANDRES BELLO .
- Bajtín, M. (1990). *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento*. Madrid: Alianza.
- Bataille, G. (2010). *El Erotismo*. España: Tus Quets Editores.
- Mejía, R. O. (2000). *La Muerte y sus Símbolos*. universidad de Antioquia.

{consultado 03 de agosto de 2012}.



El fruto. Caruso

Del silencio y otras muertes en la narrativa de Patrick Modiano, premio nobel de literatura 2014

Jorge Ladino Gaitán Bayona*

* Doctor en literatura de la universidad pontificia de Chile. Profesor de literatura en la Universidad del Tolima. Autor de los libros de poemas *Manicomio rpck* (2009), *Baladas para el ausente* (2013) y *Las cenizas del bufón* (2014).

El silencio no siempre es la muerte del lenguaje. Muchas veces dice más que las palabras. Está cargado de misterio, peligro y protesta. Su ubicación estratégica en un texto literario puede elevarlo a planos sugestivos de la belleza y evitar los lugares comunes, melodramas y burdos lamentos, a la vez, obliga al lector a llenar de sentidos lo que el autor ha ocultado. Antón Chejov resalta: «Cuando escribo, confío plenamente en que el lector añadirá por su cuenta los elementos subjetivos que faltan al relato» (2005, p. 11). Ernest Hemingway señala en sus reflexiones sobre el *principio del iceberg* en la literatura: “En una narración vale tanto lo que se dice como lo que se calla” (2002, p. 28). Franz Kafka advierte: “Las sirenas tienen un arma más terrible que el canto: el silencio” (2000, p. 321).

El silencio es una de las armas privilegiadas de Patrick Modiano, Premio Nobel de Literatura 2014. Dentro de sus obsesiones temáticas figuran la Ocupación de Francia por las Fuerzas del Eje (1940 – 1944), la búsqueda de la identidad y la lucha contra el olvido de personajes que tienen la condición judaica. Por la complejidad de estas cuestiones se pensaría que en sus relatos abundan crímenes de los nazis, campos de concentración, hondas digresiones sobre el exilio. Sin embargo, la maestría del autor francés reside en su capacidad de no nombrar directamente estas barbaries, sino hacerlas sentir en las atmósferas de sus novelas. Le importa auscultar el miedo y sus consecuencias en las conciencias de sobrevivientes de la Segunda Guerra Mundial, cuyos ojos siguen encallados en el pasado. Como resalta Norma Ribelles Helin, “el espectro del Holocausto surge de

cada una de las novelas de Modiano, pero siempre inesperadamente y, sobre todo, sin ser nombrado de manera explícita” (2005, p. 86).

Los aspectos antes mencionados se abordarán a partir de una aproximación crítica a dos novelas del Patrick Modiano: *La calle de las bodegas oscuras*, publicada originalmente en 1978, ganadora del Premio Goncourt; y *Reducción de Condena*, cuya primera edición en francés fue en 1988. Previamente se ofrece al lector una breve información sobre el autor, debido a que parte de su biografía es refigurada en sus relatos.

Patrick Modiano, el Catoblepas

Patrick Modiano (1945), a diferencia de recientes Premios Nobel de Literatura (Tomas Tranströmer, Mo Yan y Alice Munro), no era un nombre tan desconocido en el ámbito latinoamericano. No dependía de que el máximo galardón de las letras posibilitara su traducción y difusión en castellano. De hecho, antes de anunciarse su distinción el jueves 9 de Octubre de 2014, ya estaba disponible en bibliotecas y librerías las siguientes creaciones: *Domingos de Agosto*, *Dora Bruder*, *En el café de la juventud perdida*, *El libro de familia*, *Un pedigrí*, *Tan buenos chicos*, *Villa triste*, *El horizonte*, *Las desconocidas*, *Viaje de novios*, y otra decena de títulos. Es famoso por la *Trilogía de la Ocupación*, integrada por sus tres primeras novelas, publicadas entre los veintitrés y veintisiete años: *El lugar de la estrella* (Premio Roger Nimier 1968), *La ronda Nocturna* (1969), y *Los paseos de circunvalación* (1972). Expertos en literatura europea aseguran que su obra –en su mayoría no-

velas breves- tiene más peso narrativo que la de Jean-Marie Gustave Le Clézio, el anterior francés en obtener el Nobel en 2008.

Modiano nació cuando culminó la Segunda Guerra Mundial. No vivió la Ocupación de Francia, pero la mayoría de sus narraciones tienen que ver con ese acontecimiento trágico. La pregunta por los orígenes y hechos traumáticos que antecedieron su nacimiento se detecta en sus ficciones. Dichas ficciones tematizan hechos autobiográficos: una niñez difícil por la ausencia de una madre que mantenía en giras teatrales y un padre que huía por tener negocios ilícitos y provenir de una familia judío italiana. Esto se descubre, por ejemplo, en la novela *Reducción de Condena*. Es un escritor al que podría compararse con el Catoblepas, “mítico animal que se le aparece a San Antonio en la novela de Flaubert (*La tentación de San Antonio*). El Catoblepas es una imposible criatura que se devora a sí misma empezando por sus pies” (Vargas Llosa, 1993, p. 23). Lo fundamental es que los hechos autobiográficos -raíz de sus relatos- están en los intersticios de sus novelas, operan como un “*striptease invertido*” (p. 22), en tanto “en la elaboración de la novela, iría vistiendo, disimulando bajo espesas y multicolores prendas forjadas por su imaginación aquella desnudez inicial, punto de partida del espectáculo” (p. 22). Además, sus ficciones involucran sujetos colectivos: franceses judíos que falsificaban documentos para ir a otras latitudes y burlar a la Gestapo con sede en París; franceses evasionistas que, en vez de la resistencia, gastaban las horas en fiestas, tertulias y actividades culturales de temas distintos a su presente histórico. He ahí la impor-

tancia de Modiano: “hace existir lo que la amnesia voluntaria quisiera borrar. Su mérito reside en ser retro antes que nadie y hablar de la Ocupación cuando todo París sufría las revueltas de Mayo de 1968. Para él, los Gestapistas de la *rue Lauriston* eran mucho más reales que las barricadas de la calle *Gay-Lussac*” (Ribelles Helin, 2005, p. 92).

La calle de las bodegas oscuras

La calle de las bodegas oscuras es una novela de detectives que no maneja una estructura tradicional: crimen - investigación - descubrimiento de la verdad - castigo de los culpables. El detective no debe resolver un asesinato, sino su propia amnesia. Viejo y solitario queda sin casos pues su jefe (Hutte) cierra su oficina. ¿Qué es una vejez sin recuerdos? El protagonista nunca se obsesionó con la pregunta pues durante los diez últimos años su trabajo ocupó su mente. Apenas sabía que Hutte lo había encontrado sin memoria y le dio documentos de identidad a nombre de Guy Roland. Durante la investigación se aferra a fotografías y testimonios que encuentra a su paso. Tras varias desilusiones –creer que es una persona y luego comprobar que no era cierto- llega a una verdad a medias: antes de ser Guy Roland tuvo una identidad falsa (Pedro McEvoy). Ocultaba su condición judaica de las pesquisas de la Gestapo. Estuvo enamorado de Denise Coudreuse, con quien intentó cruzar la frontera Franco-Suiza. Fueron engañados por hombres que prometían ayudarlos a huir a cambio de dinero. A él lo abandonaron en medio de la nieve. De ella nunca se conoció su paradero. Así cierra la novela, con un final inconcluso en el que los misterios no se resuelven:

¿Cuál era su verdadero nombre, país de origen y padres? ¿Qué pasó con Denise? ¿Por qué quienes estafaban a los que huían de los nazis nunca fueron investigados?

La narración en primera persona hace más cercana la angustia del protagonista en su lucha contra el olvido. La necesidad de una identidad y una memoria sumerge al lector en el pacto ficcional. Para hacerlo creíble, Patrick Modiano inserta archivos, informes policiales, registros telefónicos, fichas de datos y documentos que usan los investigadores. El final, ajeno a aquellas novelas de detectives donde las preguntas se resuelven, es cercano a la vida de tantas personas de pocas certezas y demasiadas dudas, aporías y sinsabores en el ansia de verdades y justicias. Pareciera que de principio a fin el protagonista de *La calle de las bodegas oscuras* estuviera marcado por las frases iniciales de la novela: “No soy nada. Esta tarde, en la terraza de un café, apenas una silueta transparente” (Modiano, 1980, p. 7).

Patrick Modiano logra en su novela que más allá del universo anecdótico, se sienta con fuerza la desazón de quien, por culpa de una guerra, ve mutilado su ser cuando lo privan de pasado y afectos. Cuando la migración se debe a causas forzosas partir es una muerte lenta. El exilio es “un estado discontinuo del ser” (Said, 2005, p. 184), la “grieta imposible de cicatrizar impuesta entre un ser humano y su lugar natal, entre el yo y su verdadero hogar” (p. 179). Más trágico aún es la existencia de alguien que debió huir y no puede habitar siquiera sus recuerdos. Eso hace más contundente la novela. La Segunda Guerra



Reunión familiar. Laurie Lipton

Mundial dejó al protagonista sin suelo firme para afrontar sus últimos días, “todo lo ha perdido, poco a poco, sus antepasados, su casa solariega, sus vestidos, su cuerpo, su rostro y, por encima de todo, ese bien precioso entre los demás: su propio carácter y, a menudo, su propio nombre” (Sarraute, 1956, p. 3). Cuando mira una fotografía donde sale alguien joven que posiblemente es él, visita el sitio de la imagen e intenta disfrutar cada detalle, cada olor, cada objeto que quizás influyó su devenir; sin embargo, pronto descubre que siguió pistas falsas y nunca fue de él ese espacio que disfrutaban sus sentidos. Ha resuelto vidas ajenas, pero

la suya se mantiene en un silencio angustioso. Lo que encuentra de su pasado le genera perplejidades y tristezas.

Reducción de Condena

La novela tiene como punto de partida un epígrafe de profunda relación con la obra de Modiano. Dicho epígrafe corresponde a “Un Capítulo sobre sueños”, de Robert Louis Stevenson: “Los derechos que un hombre tiene sobre su propio pasado son aún más precarios” (citado por Modiano, 2008, p. 6). Se presenta, como en *La calle de las bodegas oscuras*, la idea de que al hombre contemporáneo lo

pueden privar de todo, incluso de sus recuerdos. En esta novela el narrador protagonista rememora los años de infancia junto a su hermano durante la Ocupación de Francia por las fuerzas de Hitler. Su identidad nunca se revela a los lectores, salvo su sobrenombre: “imbécil feliz”. La alegría de los juegos y de visitar castillos cuyos dueños nunca regresaron (el Marqués de Caussade) quizás sea la ignorancia de infantes que desconocían los exilios y desapariciones de perseguidos por los invasores germanos. Tanto el protagonista narrador, como su hermano, son criados por curiosos personajes que se dedican al circo y el baile. Su madre lo había abandonado a los diez años por ir de gira teatral por Suiza, Bélgica y el Norte de África. El padre, de negocios oscuros, de vez en cuando lo visitaba. Los hermanos no alcanzaron a encariñarse con las mujeres que los protegían cuando éstas los dejan al cuidado de una vecina pues tenían sospechas de que la Gestapo allanaría el lugar. La casa es deshabitada antes de la llegada de los intrusos y cuando los oficiales alemanes y los soldados colaboracionistas preguntan a los niños por sus padres, éstos contestan que están muertos. La respuesta, más que un mecanismo de protección de la vida de sus progenitores, escondía la desazón de niños que, privados del afecto de sus padres, preferían una respuesta fulminante para evitar incómodas preguntas de otros niños y profesores.

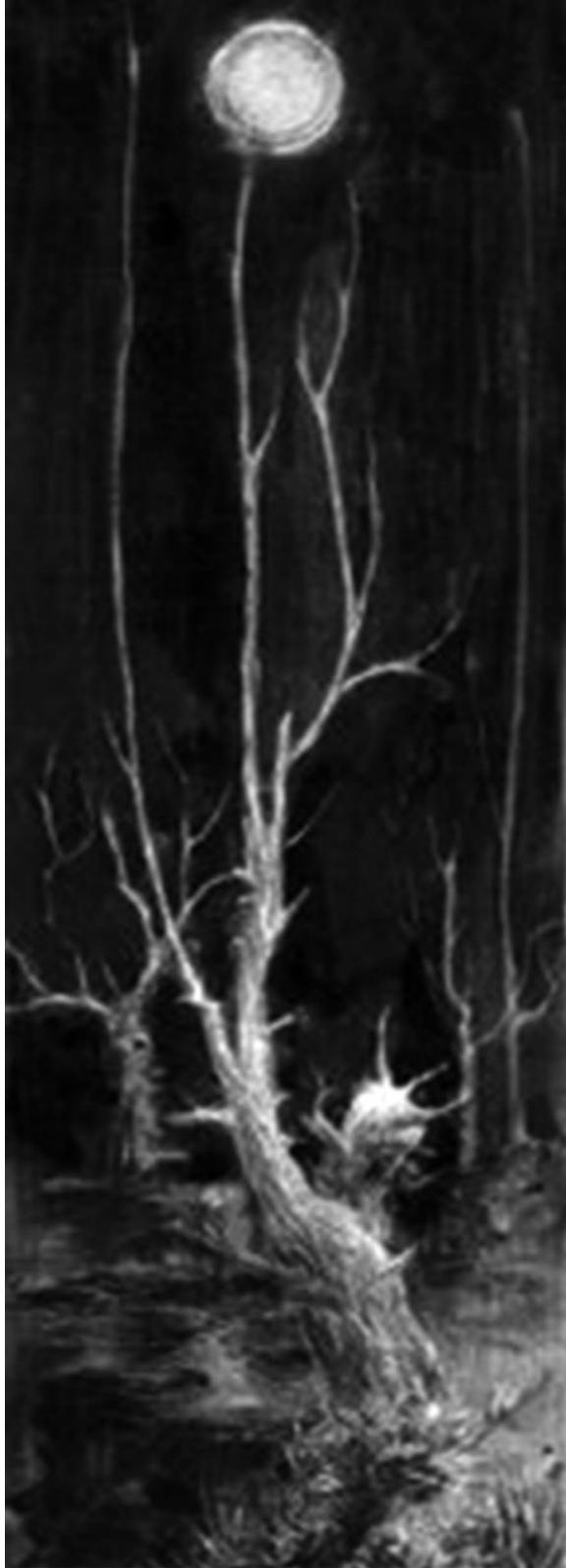
Los castillos y casas que de una noche al amanecer son totalmente vaciadas por sus ocupantes insinúan al lector las devastadoras implicaciones del exilio, una “condición de abandono terminal” (Said, 2005, p. 179), del que “nunca se puede su-

perar su esencial tristeza” (p. 179). La frustración de quienes, ante el dilema de huir o morir, parten sin la oportunidad de despedirse de personas queridas. El dolor de los que quedan: amanecer y encontrar que en casa no están los que enseñaron a amar, jugar y soñar con mejores tiempos. De ahí el apuro del protagonista narrador por visitar los sitios donde creció y tratar de responder qué pasaba con sus padres y amigos adultos mientras transcurría su infancia. Lo único claro era que los alemanes ocupantes prohibían estar en sitios públicos luego de las 8:00 p.m. El miedo a la delación siempre estaba en los mayores. A los niños inventaban otras historias para no preocuparlos en su presente. El ocultamiento de la verdad, sin embargo, estalla en interrogantes en la edad adulta, preguntas que, al igual que *La calle de las bodegas oscuras*, se convierten en abismos que crecen en la conciencia de personajes, obsesionados por sus orígenes y pérdidas.

Al protagonista de *Reducción de condena* la sublimación no alcanza para apaciguar las heridas. Sus novelas no otorgan la felicidad suficiente para dirigir los ojos al futuro. No siente que la ficción sea una casa segura. Por más que provenga de judíos y sepa que “quien ya no tiene ninguna patria, halla en el escribir su lugar de residencia” (Adorno, 2006, p. 91), percibe que “al final el escritor no podrá ya ni habitar en sus escritos” (p. 92).

Apuntes finales

La búsqueda del pasado y de la identidad son ejes fundamentales en la narrativa de Patrick Modiano. Los protagonistas de *La calle de las bodegas*



oscuros y Reducción de condena van a la cacería de recuerdos, pero los pocos que tienen solidez no son una tierra prometida para enorgullecerse, sino arenas movedizas de la melancolía. En su anagnórisis es fuerte el balance de pérdidas: padres ausentes; seres queridos que huyen sin dejar rastro por la amenaza de ser descubiertos en su condición judía; amores de paradero desconocido en su intento de cruzar la frontera Franco-Suiza; el miedo durante la Ocupación Alemana. Sobre esta recurrencia temática resultan iluminadoras las reflexiones del escritor español Enrique Vila-Matas:

Es precisamente esa precariedad la espina dorsal de toda la obra de Modiano: la obra de alguien que, aun consciente de la precariedad de sus derechos sobre el pasado, investiga sobre la luz incierta de sus orígenes, allí donde todo se derrumba, donde todo vacila... Eso hace de este autor un artista muy potente pero a la vez frágil, alguien que se mueve en un perpetuo muelle de brumas y que gira siempre sobre el vacío. De ahí que a veces quedemos hechizados, sin saber en qué punto exacto del muelle nos encontramos. En todos sus libros lo que nos anima a seguir es el misterio de su estilo, mientras lo tenebroso parece definirse de un modo lento, lo que puede producir momentos de desaliento en nuestra percepción de lo que sucede, como si condujéramos un bólido muy parsimonioso y sin ninguna visibilidad y sin saber si estamos al borde de un barranco o de una autopista. Pero eso le da a todo un toque incierto y atractivo (10 de Octubre de 2014).

Curiosa seducción de la potencia y la fragilidad.

La una del lado de la fuerza narrativa del Premio Nobel de Literatura 2014: la alta visibilidad de las escenas, su pulso en el lenguaje, el juego con el tiempo, la solidez de la arquitectura ficcional. La otra relativa a la existencias de personajes de vidas mutiladas, cuyos pasados resultan precarios, oscuros y enigmáticos. La carga trágica del contexto histórico -la Ocupación de Francia por las Fuerzas del Eje- reposa sobre un tejido narrativo donde las atmósferas poéticas, las insinuaciones y los datos ocultos evitan que los relatos caigan en tonos lastimeros. Aunque el Holocausto, los exilios, censuras y crueldades de los nazis no se nombren frontalmente, hacen parte de las atmósferas de *La calle de las bodegas oscuras* y *Reducción de condena*. Se intuyen por el miedo de los personajes. Están sin estar, finamente insertos en los silencios estratégicos de las novelas.

Referencias bibliográficas

- Adorno, T. (2006). *Mínima moralía*. Madrid: Editorial Taurus.
- Chejov, A. (2005). Consejos para escritores. *Ciudad Seva*, Hogar electrónico del escritor Luis López Nieves. Recuperado de: <http://www.ciudadseva.com/textos/teoria/opin/chejov02.htm>
- Kafka, F. (2000). El silencio de las sirenas. *Cuentos completos*. Madrid: Editorial Valdemar, p.p. 321-322.
- Hemingway, E. (2002). *Muerte en la tarde*. Madrid: Alianza Editorial.
- Modiano, P. (1980). *La calle de las bodegas oscuras*. Caracas-Venezuela: Monte Ávila Editores.
- Modiano, P. (2008). *Reducción de condena*. Valencia-España: Editorial Pretextos.
- Ribelles, Helin, N. (2005). La atmósfera de la Ocupación Alemana en las novelas de Patrick Modiano. *Çedille*, Revista de Estudios Franceses, No, 1, Asociación de Profesores de Francés de la Universidad Española, p.p. 82-92.
- Said, E. (2005). *Reflexiones sobre el exilio, ensayos literarios y culturales*. Barcelona: Editorial Debate.
- Sarraute, N. (1967). *La era del recelo: ensayos sobre la novela*. Madrid: Ediciones Guadarrama.
- Vargas Llosa, M. (1997). *Cartas a un joven novelista*. Barcelona: Editorial Ariel.
- Vilas-Matas, E. (10 de Octubre de 2014). Modianesca. *El País*. Recuperado de: http://cultura.elpais.com/cultura/2014/10/09/actualidad/1412875260_472898.html

Sensibilidad

Karina Sarmiento*

Dos mujeres lloran de rodillas frente a una jaula.

El animal apenas puede moverse. Su cuerpo, lleno de sangre podrida, es una muestra humana.

Se acerca la inyección feliz y clava su jeringa en la vena. Ya casi no hay vena; solo cuero duro, seco. Ahora sí la jeringa rompe. Invade. Cinco centímetros de muerte, corazón impedido, paro enfermo. Se tapan los ojos las mujeres. El gato los abre; blanquecinos, deshabitados. Las observa. Sonrisa felina, suspiro...

Las mujeres se ponen de pie, ¿cuánto es? Pagan.

El cuerpo se infla. Una, dos, tres veces.

Duele la sonrisa felina, los ojos apenas trazan la imagen que olvida pero los oídos perciben las voces.

Bótenlo -dicen- y se van.

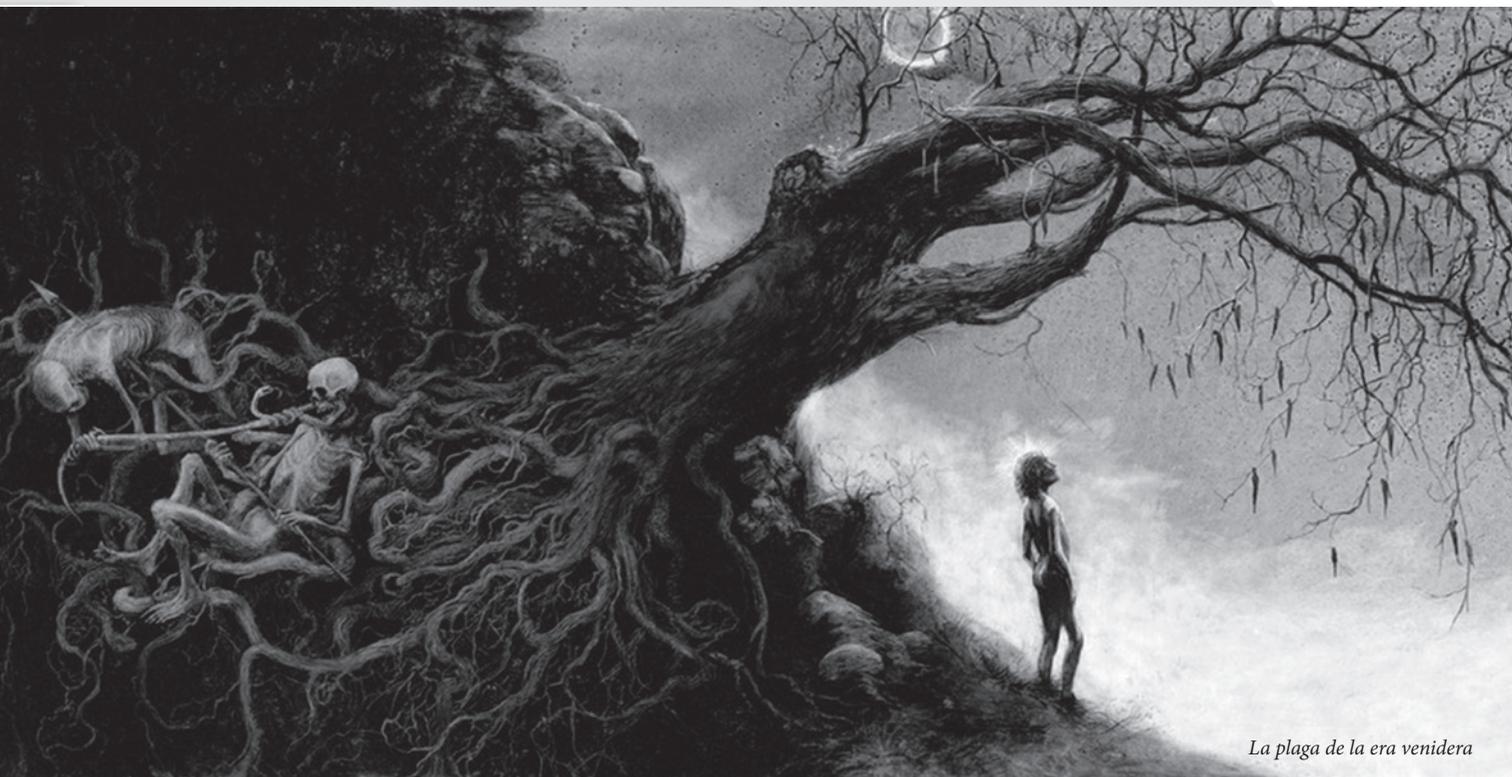
Descanso

Juan Romero**

Un hombre vuelve de la muerte. Sale del cementerio. Corre entre los autos hasta la casa. Toma los recibos del gas, la luz y el agua. Corre hasta el banco, empuja a las personas, llega a una de las ventanillas, cancela los recibos con los huesos de las piernas, la cadera, el tronco y los brazos; queda tan solo el cráneo que rueda tranquilo al cementerio.

* Estudiante de Licenciatura en lengua castellana Universidad del Tolima.

** Comunicador social y periodista de la Universidad del Tolima.



La plaga de la era venidera

Es esa maldita manía tuya de decir siempre que no

Jesus Alberto Sepulveda*

Me celebro y me canto a mí mismo,
Y lo que yo diga ahora de mí,
Lo digo de ti, porque lo que yo tengo
Lo tienes tú y cada átomo
De mi cuerpo es tuyo también.
Walt Witman.

Aquel mediodía como ya era su costumbre ella llegó tarde a la cita. Él la esperaba sentado a la misma mesa de siempre en el pequeño bar esquinero de la estación donde solían encontrarse para tomar el tren. Bebía sediento y a sorbos largos la cerveza helada, mirando absorto los corredores desiertos en esas horas muertas y cálidas deteniéndose de pronto en la ventanilla de los tiquetes, que parecía aguardar boquiabierto a los pasajeros de la tarde. Los trenes se detenían justo allí, con su tránsito cansado, resoplando lentos hasta

* Ibagué, Tolima, Colombia (1958) Autor de los libros: *Si la muerte me la dieras tú* (cuentos), *Nunca le recibas dulces a Karen* (cuentos), *El que salga último apaga la luz* (poemas), *Páginas de ahora y en la hora de...* (crónicas). Ha ganado premios nacionales en cuento, poesía, crónica y ensayo.

parquearse frente al parasol donde él se refugiaba entre cervezas apresuradas y cigarrillos sin filtro, siempre a medio fumar, intentando en vano conciliar la impaciencia mientras ella llegaba.

Durante más de cinco años se venía repitiendo la rutina de la espera. Tragos helados, parasol, bar esquinero, cigarrillos mordidos y locomotoras humeantes con su cola de vagones despintados al tedioso calor del mediodía; hasta que de pronto la veía llegar, deslizándose en el solitario corredor de la estación, flotando, ondulando y sonriente como si danzara al unísono de una música remota que sólo ella conoce y reconoce en las profundidades de su cuerpo joven. La veía aproximarse, la presentía y la aguardaba en la deliciosa parsimonia de sus pasos, hasta que llegaba a la mesa donde él bebía, para apropiarse de su olor sin perfume, de su aroma sudoroso a mandarinas, de sus pechos apretados en un subir y bajar agitado bajo la blusa morada manga larga que a él tanto le gusta que ella lleve puesta; para abandonarse entonces al encuentro tanto rato esperado, mientras ella lo saluda encartuchando sus labios de pequeño roedor que se vuelve beso húmedo y urgente en su mejilla y dejarla que ella siga esculpiendo con su lengua golosa un helado de cremas arcoiris y ese hola de siempre, alargado y ronco que le recupera la vida, que le justifica la espera prolongada.

Casi siempre eran de los primeros en comprar los boletos al hombre de la gorra azul, que parecía sembrado siempre en su lugar y que fijaba en ella sus ojos negrísimos y hambrientos. Luego tomaban el tren, vagón de segunda clase en el que él se cuidaba siempre de reservar la ventanilla para

ella. Viajaban sin valijas, sin más equipaje que las ropas que llevaban puestas, un libro de poemas o una breve novela y sin destino cierto, para bajarse luego a mitad del camino, a mitad de carrilera, en cualquier estación desconocida, en algún pedazo del mundo que sólo a ellos dos pertenecía. Se abandonaban entonces en el amplio asiento de listones de madera y él se liberaba de los zapatos, dejaba caer su cabeza sobre el espaldar y no tardaba en sumirse en una grata modorra de cerveza helada, de calor sofocante y de esa dicha secreta que sentía al comprobar que la tenía tan cerca, mientras ella iniciaba sus juegos de niña feliz asomando el rostro fuera de la ventanilla; soportando el asalto de ese viento cálido que le acaricia la cara y le revoluciona su cabellera tan negra y abundante; gritándole incoherencias a la gente que transita afuera, a los pájaros dormidos sobre las cuerdas de la luz y al paisaje interminable; llamando por sus nombres a los animales que imperturbables pastan en los potreros que dejan atrás; convocando a los árboles y al viento al encuentro con su viaje; escapándose más y más hasta terminar acostada sobre el perfil de la pequeña ventana; ofreciéndole sus pechos a la libertad infinita del camino, hasta que de pronto él, que parecía por momentos otro niño inquieto a pesar de que a simple vista se notaba que le doblaba la edad a ella, la tomaba de una mano, le asía la cintura y la recuperaba para sí dejándola caer sobre sus piernas, agitada, despeinada y con sus ojos irritados y llorosos por el viento. Infinitamente feliz. Y así, otra vez juntos, se miraban largo rato sin palabras, se reconocían milímetro a milímetro los rasgos y los gestos de sus caras, se sonreían cómplices, adivinando quizá sus secre-

tos pensamientos, mientras él iniciaba la lectura sentida de un poema de Neruda hasta que ella se dormía, o fingía dormir, extraviada en las caricias de las manos de él enredadas y sumisas en su pelo; y el tren avanzando monótono sobre los limpios rieles, bamboleándose entre silbidos en un puente sobre el hilo del agua en el fondo de un abismo o penetrando quejumbroso a la boca inesperada de un túnel. Entonces la despertaba sin esfuerzos y la llevaba hasta sus brazos, tan sólo para contemplar juntos la absoluta oscuridad que los rodea; excitados y nerviosos, tomándose las manos y apretándose las a lo largo de ese negro universo de hollín, poblado de penumbra y de fantasmas, hasta que regresaban a la luz hiriente del paisaje y volvían entonces a reconocerse. Y más adelante el tren perdiendo velocidad, resoplando vapores humeantes y despidiendo chispas incendiadas desde sus ruedas metálicas para detenerse de a poco en el sitio exacto de la próxima estación. Se apeaban en la ajena compañía de otros pasajeros para tomar una cerveza, para alejarse a hurtadillas entre los corredores, ocultándose en más allá de la sala de espera, alejándose, perdiéndose, jugando a las escondidas, inventándose alguna escapatoria como si acabaran de cometer una gran travesura, hasta que de pronto la locomotora iniciaba otra vez su marcha perezosa y se alejaba sin ellos. Entonces salían nerviosos de sus escondites y ya liberados del tren tomaban el camino de regreso, tomados de la mano, paralelos pero siempre juntos, como dos equilibristas sobre los rieles de la carrilera y continuaban así, luego de algunas horas en aquella travesía hasta arribar otra vez a la estación de la que habían partido al mediodía, sudorosos y cansados cuando ya la noche con sus

sombras empezaba a venírseles encima. Continuaban luego deambulando por las calles, se detenían en alguna venta de comidas rápidas y se despedían de pronto en cualquier esquina cómplice bajo la luz mortecina de un farol parpadeante, prometiéndose volver a verse al día siguiente.

Transcurrían muchos días sin encontrarse de nuevo y él aprovechaba esa ausencia para retomar la escritura de una antigua novela que había iniciado en sus épocas de estudiante universitario, cuando ella ni siquiera había nacido.

La rutina de las citas en la estación se alteraba al capricho de ella que solía cambiar inesperadamente al horario de los viajes y los vagones que ocuparían, y hasta de vez en cuando, llegaron a comprar tiquetes en coche de primera clase. Una vez instalados, descubrían extasiados el pequeño y confortable universo del grato comportamiento, reservado tan solo para ellos. Se dejaban caer en la litera, clausuraban las persianas de las ventanillas y brindaban sin copas bebiendo vino de la misma botella, por ese amor sin palabras que parecía embargarlos, desde el preciso instante en que iniciaba el tren su recorrido. Nunca sabían entonces, allí encerrados, en qué lugar estaban ni cuál era su destino, dejándose llevar sin resistencia tras estaciones y paisajes invisibles, adivinando el canto de los pájaros, los golpes del viento sacudiendo el maderamen del tren y las voces de la gente en los pasillos, hasta que de pronto ella entre la somnolencia y la ebriedad que empezaba a metérsele en el cuerpo iniciaba una danza serpenteante al ritmo de esa música siempre imaginada, mientras él, borracho ahora de sus



La raíz fuerte

movimientos, de sus gestos golosos y coquetos la desnudaba con sus ojos irritados, le devoraba en silencio desde la litera la sonrisa entreabierta de su boca, la humedad de su saliva brillándole en los labios de pequeño roedor y el minúsculo lunar como un botón carnosos temblando en la comisura de esos mismos labios. Sus miradas laterales que lo toman y lo alejan mientras baila; la ondulación de su cuerpo entre pudores y deseos, arrastrándolo en esa lenta e inacabable caída hacia el abismo de sus inútiles batallas por poseerla; ese cuerpo suyo que le habla y que le grita desde el

perímetro cadencioso de su cintura, desde el arete palpitante sobre el hoyuelo del ombligo; irradiando su sensualidad en el aire de su espera y de su acecho, en esa humedad transparente que le baña la piel al ritmo de la danza en la que ella parece deshacerse y rehacerse en cada oleaje, en cada vuelo de su desnudez tan imaginada y tan ajena, en cada sismo de sus pechos apretados y agitados en un subir y bajar interminable al unísono casi dolorido de su respiración entrecortada; para luego él incorporarse tambaleante, aproximarse a ella, buscándola urgente, temiendo romper el encanto de su danza, para abrazarla y sentir en el roce de las manos sobre sus hombros sudorosos ese infinito escalofrió que lo empuja impune hasta el abismo; y entonces ella, sin dejarle hablar, sin dejarle hacer, le cubre la boca con sus dedos y le dice sin palabras que ese grato desafío ha terminado y que sólo les pertenece la ebriedad y el sueño. Ella tirada inocente en la litera, él abandonado y sin sentido en el piso del compartimiento, mientras el tren avanza como si trepara entre las nubes.

Después de varios días de ausencia, de pronto volvían a encontrarse en la estación y entonces ella estrenaba otro de los tantos juegos que inventaba tan sólo para divertirse. Le proponía que cada uno por su lado tomara un tren diferente y en distinto horario, para versen luego en alguna estación distante, fingiéndose sorpresa en el momento del encuentro, como si coincidieran por primera vez en mucho tiempo. El en su desconcierto aceptaba la alocada invitación y era siempre el primero que partía. Se instalaba sin mayores exigencias en cualquier vagón y en cualquier asiento, con-

fundiéndose entre una anónima multitud de pasajeros y soportaba entonces el viaje silencioso y monótono con la única esperanza de reunirse con ella unas horas más tarde, como lo habían previsto. Ocupaba el tiempo del viaje construyendo pajaritas de papel con su boleto; rememorando de pronto alguna tarde que leyeron a Cortázar y lloraron mientras bebían cerveza en un restaurante solitario a la orilla de un río; dejando que vagara libre su mirada en la eternidad verdosa el paisaje más allá de la ventanilla o escribiendo versos incompletos en cualquier pedazo de papel, hasta que sentía la barahúnda de la próxima parada y abandonaba el tren para sumirse en el tedio de una sala de espera o en el eco insoportable de los corredores desiertos de una estación al mediodía. Allí, aguardaba impaciente y tantas veces enfadado el arribo de la siguiente locomotora con su estrépito metálico, su quejido de fuelles moribundos, su silbido bullicioso y el humo denso de la chimenea anunciando su llegada. Y se ubicaba entonces en el lugar más apropiado para observar el lento descenso de los pasajeros, hasta que de pronto la veía, la dejaba vagar unos minutos en su búsqueda y la asaltaba por la espalda cegándole los ojos con sus manos temblorosas. Una vez juntos él descubría en un abrazo el palpitar asfixiado de sus pechos adorados y en el roce de sus caras un olor a vino que le excitaba los sentidos; y entonces entendía en sus gestos y su risa que irremediablemente regresarían en vagón de primera clase, en ese compartimiento reservado tan sólo para ellos. Y otra vez ella danzando al ritmo de esa música lejana y fantasiosa para que él se sumerja de nuevo en ese mar deseado del pecado, de tantas cosas prohibidas, del miedo abrazador y del

peligro. Y ella continuando con su juego y mostrándole su lengua húmeda como si se propusiera torturarlo; revolcándole el alma e incendiando sus deseos; víctimas ahora juntos de la excitación y el miedo que no les permitía pronunciar palabra, como si más allá del estrecho compartimento el mundo exterior fuera testigo de sus locuras. Juntos bailando luego al ritmo estruendoso del tren que avanza, hasta caer rendidos y acezantes como un par de animales hambrientos sobre la litera para mirarse largo rato y en silencio y ella se abandone dormida, o fingiendo dormir; para que él le bese los párpados hasta que al fin la escuche respirar como en un sueño de noches infinitas que la inundan de calma; y entonces él, dueño remoto de tantas pasiones contrariadas, de tantos amores fracasados y tantas mujeres rezagadas al olvido, sienta de pronto esa erección que le lleva la contraria a sus más limpios sentimientos; que lo enfrenta a esa batalla iracunda entre el amor y el grito de su sangre apasionada; para que él deje transcurrir unos minutos tan pesados como siglos y ya incapaz de resistirse a su deseo, se deslice lentamente lamiéndole la redondez perfecta de sus pechos, descendiendo por el cálido camino de su vientre y acariciar con su lengua el arete tembloroso en el hoyuelo del ombligo; despojándola de sus blue-yeans con cuidado; internándose en los dedos de sus pies, en sus rodillas; ascendiendo por sus muslos hasta llegar sediento a la selva de su pubis; internando su cara, sus dientes y su lengua en el hueco del sexo humedecido, oliéndola y bebiéndola, escuchando ahora sus primeros jadeos, sin descubrir en su locura si son el respirar cansado de los fuelles de la locomotora o los estertores de ella en un sueño remoto de noches

infinitas; mientras duerme o finge dormir en su agonía.

Cuando llegaron a la estación de origen, se portaron ausentes y casi avergonzados y apenas se regalaron unas pocas palabras y un adiós apresurado, como si acabaran de cometer un grave delito. Él llegó tambaleante a la pensión de alquiler con la dolorosa impresión de estar soñando, y con esa misma sensación, aumentada por los tragos que había bebido, no tardó en sumirse en una somno-



Las tres parcas. Francesco Salviati

lencia grata que lo devolvió a la vida a la mañana siguiente. Transcurrieron dos días sin verse, hasta que a la mañana del tercer día, sin haberse citado, coincidieron otra vez en la estación y decidieron quedarse en ella paseando imperturbables en la soledad de los pasillos, bebiendo cerveza a mares en el quiosco de los refrescos, hablando y riendo sin parar como dos niños traviosos que descubren el mundo entre la ebriedad excitante de sus sentidos alterados; observando pasar los trenes de ida y vuelta, dejándolos ir, hasta que los sorprendió el mediodía; y fue entonces cuando ella, le propuso que tomaran el tren, que ocuparan el mismo vagón de segunda clase, pero que se ubicaran en asientos diferentes, sin mediar palabra, sin apenas mirarse, igual que dos extraños, cada uno por su lado, indiferentes y desconocidos en el mismo trayecto de ida y vuelta y con la única esperanza, de que se escribirían, esa noche, a solas, una carta en la que se expresarían todo lo que habían callado en el vagón durante ese viaje de silencios. Ese viaje en el que ella se dejaba otra vez acariciar el rostro y el cabello por el viento que se metía en la ventanilla, y él se inventaba entre las sombras de su ausencia el panorama incierto de los paisajes que pasaban. Hasta que él se levantaba de pronto de su asiento y se dejaba ver de ella, como queriéndole decir que terminara con la dolorosa tortura de ese juego; y entonces ella volvía a fingir que se dormía desde su lugar distante, hasta que la despertaba alguna tormenta pasajera o el traqueteo del tren atravesando un puente; pero siempre sin mirarlo, ignorándolo y dejándolo que regresara a su asiento sin fijarse en él, hasta que de pronto en alguna breve parada de la locomotora, cuando todo el mundo se bajaba para estirar las

piernas, él la volvía a buscar inútilmente entre la muchedumbre y sólo la volvía a descubrir entre ese puñado de personas cuando el tren reiniciaba la marcha con su velocidad sospechosa entre las llanuras oscuras y los enormes árboles que parecían fantasmas despeinados queriéndose meter a través de las ventanas; entonces la adivinaba tan joven y tan inocente y descubría entre ellos un abismo de años y de sueños que parecían separarlos irremediabilmente. Luego la despedida sin adioses al llegar a la estación de nuevo. Como dos perfectos extraños, aguardando tan sólo el día siguiente para entregarse la carta que anhelaban leer en esa mutua complicidad del silencio pactado.

Y otra vez él al día siguiente bien temprano en la estación de todos sus encuentros, para tomar con ella quizá el primer tren de la mañana; para aguardarla impaciente en los mismos corredores entre la angustia y la desesperanza sin verla llegar, mientras la mañana avanza inclemente; para dirigirse entonces a la ventanilla de los boletos y encontrar otra vez al hombre de la gorra azul, que parecía sembrado siempre en su lugar y que fijaba en ella sus ojos negrísimos y hambrientos, que sin mirarlo a la cara le entregó un pequeño sobre cerrado garrapateado con las iniciales de ella, nerviosas y urgentes, como una señal, una clave, un augurio quizá, que descubrirían al día siguiente, a las ocho de la mañana, como le dijo, sin mirarlo el hombre, a cambio de su carta, que sin dudarlo la entregó al vendedor de los boletos, como si existiera entre ellos un pacto secreto, tan inesperado y tan desconcertante.

Abandonó la estación apretando la carta en su mano y sintió de pronto un asalto de orgullo y alegría por sentirla tan suya, más al instante pensó que en realidad no se encontraba tan cerca de ella, que se encontraban tan lejos como dos habitantes en mundos diferentes. Observó la carta y volvió a descubrir en el sobre la letra de ella en los rasgos de sus iniciales, tan inconfundibles con sus letras grandes, dibujadas una a una con urgencia. ¿Qué podría haberle escrito ella?, ¿ella con su maldita manía de decir siempre que no? Se preguntó entonces apoderado de un miedo indescriptible, y mientras le asaltaban aquellos pensamientos, guardó la carta en el bolsillo sin leerla. Luego de un vagabundeo inútil se interrogó angustiado dónde encontraría un lugar tranquilo para entregarse a la lectura de ella; donde, en medio de esa soledad y de esa incertidumbre que le pesaba en el alma, si es que el alma de verdad existía, y en su cuerpo que empezaba a dolerle hasta la entraña de sus huesos. Dónde podría entregarse durante un largo rato a la lectura de sus líneas, de sus palabras secretas tanto tiempo esperadas en silencio. Le parecía imposible abrir el sobre en cualquier esquina de una calle y leer a la vista curiosa de los transeúntes; tampoco regresaría a ningún asiento de la estación de siempre. Entonces, continuó caminando durante un largo rato sin saber a dónde dirigirse, hasta que de pronto empezó a caer una leve llovizna que poco a poco fue arreciando hasta convertirse en un fuerte aguacero, y mientras continuaba, imperturbable y lento, se decidió a sacar la carta del bolsillo, jugando con ella entre sus manos y exponiéndola impunemente bajo el agua que azotaba ahora su cuerpo y su voluntad

abandonada, hasta que la carta, luego de algunos minutos de nervioso manoseo era apenas un frágil trozo de papel empapado, que más parecía un arrugado pañuelo a punto de deshacerse entre sus dedos bañados por la lluvia. La volvió a guardar en su bolsillo y se encaminó, apresurando el paso hasta la pensión de alquiler donde vivía. Se encerró luego en su habitación y se dejó caer sobre la cama en un derrumbamiento silencioso, excitado y empapado hasta los huesos y asaltado en la intermitencia del temblor y el frío. Se dispuso a leer la carta húmeda, ese pañuelo rugoso que dificultosamente desplegó desde sus esquinas adheridas, para descubrir con dolorida sorpresa que sus letras se iban desapareciendo en un mar de tinta negra, ilegible y caótica, borrando para siempre el mensaje que desesperadamente se le escapaba de las manos y que tanto tiempo había aguardado para ser leído.

Lloró. Maldijo al cielo encapotado de esa noche y luego, se conformó reconstruyendo en su memoria ese autoengaño que se parece tanto al recuerdo, armando en su mente las palabras que había escrito para ella, imaginando que a esa hora quizá ella las leería entre el temor y la esperanza. Recitó en voz alta, como si también él estuviera leyendo, aquel párrafo final en el que le escribía que si ella le hubiera pedido en alguna de tantas estaciones que tomaran un tren que los llevara al fin del mundo, no habría vacilado un instante en complacerla; que hubiera partido con ella, como un demente en vagón de tercera, indiferente y ajeno por completo a la existencia que hasta ahora había llevado; que hubiera huido de esas calles que tantas veces había recorrido cada noche, de



su miserable habitación de alquiler, de sus libros, de sus poemas incompletos, de sus ropas, sin preguntarle nunca hacia dónde irían ni por cuanto tiempo; sin una mirada hacia atrás a las estaciones solitarias que quedarían en el pasado; así, sacrificándolo todo aunque no era dueño de nada: sin una moneda en sus bolsillos, apenas con la ropa que llevarán puestas; habría pedido limosna en las esquinas; se habría convertido en salteador de caminos, en juglar de parques o en encantador de serpientes; todo por ella; con una sola palabra

suya, con un gesto amoroso, con un beso verdadero y le habría seguido como un gitano feliz en la inmensidad inacabable de los cuatro puntos cardinales de la tierra, incluso, aunque hubiera tenido que cometer todas las bajas, todos los prodigios y todos los milagros para seguir siempre a su lado, hasta el final de sus días vagabundos.

Volvió a llorar como un niño que despegan del pecho de su madre y se quedó dormido.

Despertó sobresaltado, como si escapara de una pesadilla que lo había acompañado asfixiándolo durante toda la noche anterior. Miró el reloj que marcaba la seis y minutos de la mañana y se apresuró a prepararse para su encuentro con ella, a las ocho en punto, como lo habían previsto en la estación para tomar el primer tren del día. Llegó a la estación unos minutos antes de lo acordado y se sorprendió al verla que paseaba en el corredor contiguo a la ventanilla de los boletos. Se saludaron extendiéndose las manos, tomándose las y apretándose tan fuerte, que él sintió un grato dolor, un delicioso cosquilleo en ese apretón sin palabras que los reencontraba de nuevo; sin sospechar siquiera que esa emocionada coincidencia era el inicio irremediable de otro de sus tantos juegos, que a ella parecía divertirle tanto y que a él le producía una rabia contenida, un dolor intenso y resignado. Ella le dijo entonces que tomara el primer tren hasta la próxima estación y que ella partiría en el siguiente para reunirse luego, como lo habían hecho otras veces.

Esperaron juntos la hora crítica observando los minutos que pasaban en el reloj de pared de la estación. Compraron un boleto; y entonces ella,

otra vez amarrada a su mano, lo acompañó a abordar el vagón y se miraron largo rato a los ojos en la escalerilla de entrada. Aún les quedaba un par de minutos antes de partir, y algo muy adentro de ambos parecía reprimir sus sentimientos, sus pensamientos, sus palabras en el instante mismo de la despedida. La multitud que viajaría a esa hora, los empujaba y los separaba entre un estrépito de cajones y maletas. Tenían que separarse ahora y se volvieron a mirar a los ojos como dos extraños, con una sonrisa tímida y agonizante. Como si fuera la primera vez que se ve, como si fuera la última vez que se verían. Ella entonces, con su mano temblorosa le acarició su cara, recorriéndole con los dedos sus cejas, su frente, sus mejillas y deteniéndose de pronto en sus labios entreabiertos, como si intentara desesperadamente guardar para sí aquel rostro angustiado que dentro de pocos segundos no sería más que un gesto de adioses entre la multitud de viajeros que se apresuraba a tomar sus asientos; como si buscara una respuesta a las preguntas que no se habían hecho.

El tren dejó escapar su respiración estridente, una y otra vez, mientras se alejaba lento al principio y luego iba ganando velocidad para alejarse definitivamente de la estación, mientras la gente se quedaba atrás y se precipitaba hacia las ventanillas para despedir a los viajeros. Él la ve correr, tropezando entre la multitud para decirle adiós con su manotendida; la reconoce entre la gente por la blusa morada de manga larga que tanto le gusta a él que ella lleve puesta, hasta que ya no es más que un punto palpitante en la distancia, una manchita adorada apenas perdiéndose en la muchedumbre.

Una hora más tarde él llegó a la próxima estación. Se apeó del tren y buscó enseguida el quiosco de la venta de cerveza al final del corredor, y allí de pie, como si intentara reponerse del agónico y reciente viaje, apuró tres botellas de esos tragos largos que le arrebataron primero la cabeza, y lo sumieron después en una grata mansedumbre que le adormecía los sentidos. Caminó luego en torpe equilibrio sobre los rieles en sentido contrario a la estación, hasta que el esfuerzo y el inclemente sol de la mañana lo fatigaron y lo hicieron regresar otra vez al quiosco. Se sentó a esperarla y bebió otro par de cervezas. Las tomó lentamente, dándose tiempo, observando la carrilera en la distancia para descubrir el tren en el que ella llegaría; esperando escuchar su pito sonoro y el traqueteo inconfundible que la traería de nuevo a su lado. El tren arribó con media hora de retraso; y en la breve parada que hizo en la estación para que bajaran los pasajeros él no la vio llegar. Ella no llegó.

Aguardó impaciente el próximo tren entre cervezas y cigarrillos que para nada cambiaron la angustia ni la desesperanza ante su ausencia; y regresó en el tren de vuelta, cuando ya la ebriedad empezaba a hacer estragos bajo el torturante sol del mediodía.

Cuando llegó a la estación sintió de pronto que recuperaba sus sentidos y en un arranque inusitado de valor la buscó inútilmente entre la mu-

chedumbre, en las ventas de cerveza y en los corredores sin hallarla por ninguna parte, hasta que finalmente sus pasos lo llevaron a la ventanilla de la venta de boletos para descubrir aterrado que el hombre de la gorra azul, que parecía sembrado siempre en su lugar y que fijaba en ella sus ojos negrísimos y hambrientos, tampoco estaba, como era su costumbre, tras los barrotes de la ventanilla; y en su lugar, una mujer entrada en años, le ofrecía algún tiquete, ignorando por completo su tragedia.

Él se alejó, empujado por la multitud y se dejó caer en cualquier asiento de aquella estación que ahora le parecía tan extraña. Se sintió que caía en un abismo profundo de tristeza y soledad, tan parecida a la vejez de esos hombres desahuciados que han desperdiciado tantos años acumulando falsas esperanzas. La recordó desde el primer encuentro, llegando, alterando sus horarios y su miserable intimidad, robándole la vida por pedazos en cada encuentro. Pensó en ella intensamente, como si fuera este el último recuerdo a las puertas mismas de la muerte; y se juró que ya no le dolería, que la olvidaría para siempre... pero, que si de pronto llegara a última hora, la abrazaría hasta el ahogo, la devoraría toda en un beso infinito y lloraría sobre su hombro, con ese llanto contenido que traía oculto en la mitad del alma desde hacía tanto tiempo.

Un sueño de Borges¹

A Óscar Bermúdez
que en una mañana lluviosa,
soberbio olvidó este noble sueño.

Cuando desperté tenía la sensación de haber descubierto el secreto más importante en el Cosmos. La luz cegadora de Dios, como a Juan en sus Revelaciones, había llenado de oscuridad mi entendimiento. El mundo de los hombres está fundado en el misterio y se necesita prudencia y sabiduría para comprender quizá lo que el Hacedor ni siquiera revela a sus ángeles. Yo, en esta mañana lluviosa, prometo revelar su enigma, pero no me expresaré sin velos, no les hablaré sin parábolas pues la doctrina secreta no puede ser revelada a almas agitadas por la razón.

A través de la niebla contemplaba tres formas humanas. Todos, se retorcían arrastrados por un impulso ciego, como si acabaran de despertar de un larguísimo sueño. Extrañados, como lo estaría un niño si pudiera darse cuenta de que ha nacido, empezaron a caminar hacia mí. La negrura los envolvía pero yo podía verlos. Padre, has visto mi pecado, dijo uno. Demonio insensato, la calma nuevamente me has arrebatado, profirió otro.

En ese momento, sin saber de qué manera lo sabía, entendí que el Hacedor o los hacedores de la Vida y de la Muerte, sólo me concederían algo

¹ Neiva el 6 de julio de 1990. Graduado de Literatura y Lingüística en la Universidad Surcolombiana 2013. Actualmente vive en la ciudad de Bogotá y se desempeña como docente de Humanidades del colegio Rafael Núñez y como profesor de Comunicación en Castellano del Instituto CEFAL.



menos que poco tiempo para hacer la gran pregunta a mis profetas.

Mientras intentaba saber quién era quien y antes de que pudiera decir cualquier cosa, un hombre de mirada melancólica exclamó: Todos hemos cubierto la mentira con velos de misterio. Nadie podrá ver el óvulo que la muerte guarda recelosa entre sus manos. ¿Quién eres para darle tanta

importancia al pensamiento del hombre? Supe de inmediato por su desdén que este ser fue de quien tanto se habló cuando la polis estuvo en su esplendor. Otra figura surgió de la niebla mostrándose horriblemente fatigada. Esta, con una corona de espinas sobre sus sienes y con voz delicada, como si hablara a un pequeño, me interrogó: ¿Tú también fuiste abandonado por Dios? Luego mirando tímidamente hacia arriba y olvidando mi dirección prosiguió. Tal vez, Padre mío, no entendí tu dictamen durante los cuarenta días que pasé en el desierto. ¡Como acepté ser hombre solo hasta el día de mi muerte! En ese instante una voz cavernosa se alzó sobre aquel lugar de la nada. Estás perdiendo tu tiempo escuchando sermones que pronto serán olvidados. Así actúan estos señores de la Vida y de la Muerte. Así, podríamos decir, como Don Quijote, que un ser maléfico siempre frustrará nuestros deseos.

Después de la intervención del tercer hombre rogué por recordar, ya en la vigilia, todo lo que había escuchado. Pensé en lo mudo y silencioso que me había encontrado. En el zenit del Tiempo y del Espacio se me había permitido ver a estos tres hombres reunidos como un regalo divino, como la prueba de algo supremo.

Todo progreso puede ser un espejismo. De esta manera interrumpió, el filósofo del ágora mi vaga meditación. El amor por el prójimo, el amor por la vida y, claro está, el amor por el conocimiento pueden ser un paso en falso, un paso al abismo. Cuando sus rostros eran más diáfanos y aún seguía pensando en que cada uno de estos hombres

había visto lo necesario, el ser de grandes bigotes, el tercer hombre, me interrogó apaciblemente. ¿Tú eres el nuevo esclavo, el nuevo sacrificado? No olvides decirle a tu señor que la voluntad es más fuerte que los obstáculos y que aquí, en mi nada, yo soy el amo y señor de mi voluntad. Antes de que pudiera decir algo, el que fue en su vida más popular un nazareno insurrecto colocó su mano sobre mi hombro y dijo: Debe ser un profeta mudo y silencioso el de estos tiempos, debe estar solo y perdido como un hombre primitivo sin fuego. Sus palabras me estremecieron y me pregunté, en ese momento, por aquello que asentía y permitía que algunas ideas salieran de la nada, del limbo, para vivir en el tiempo.

No quería, como el pobre Don Juan, desaprovechar por excitación el momento. Cuando quise hacer mi pregunta, acongojado, me di cuenta que la había olvidado o que quizá nunca hubiera podido decir nada. ¡Somos tan torpes cuando más deseo tenemos de ser comprendidos! Volví la vista a ellos, a los que siempre habían martillado mi cabeza cuando escribía, y ya se interponía un inescrutable abismo entre nosotros. Sabía que no me podían escuchar, sin embrago, como en un susurro, llegó el siguiente juicio a mis oídos. ¿Por qué tanto esfuerzo? El resultado final es la muerte... Ante el lucífero tiempo infinito no hay hombre ni doctrinas que detengan la marcha. Clamé, clamé y clamaría, como Fausto, por habitar nuevamente ese ensueño en el que me sea permitida la paz de mi vida. Y poder ver así, después de tantos días de oscuridad, mi rostro vacío ante un espejo.

EL TRATO

Guillermo Olivar¹

He firmado una tregua
 con la niebla segadora
 Vida: teatro del infinito desencanto.
 Desgastar el asfalto y comerlo
 crudo
 esencia del tratado
 ¿Belleza? aguarda en las esquinas febriles.

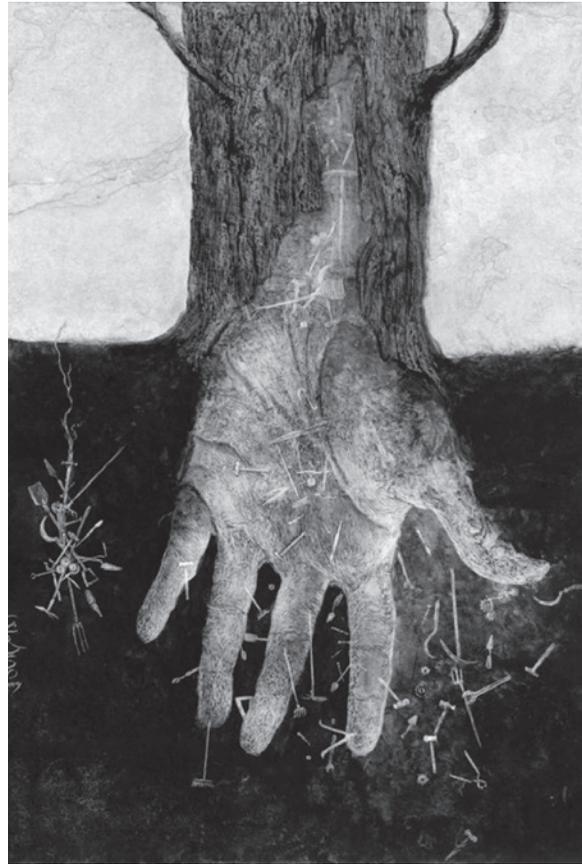
Sobrio, demasiado sobrio.

La calle se apoderó
 de mi enfermo rostro
 ahora olfateo miseria hasta en la Sombra;
 pero no me mires como a un perro
 yo no busco hombres sabios
 ni destierro.
 Acecho la noche
 Y nuestro pacto,
 a su vez, me vigila.

Escruto el reflejo

de nubes en los charcos
 escéptico.
 Soy la teja desgastada
 que azotan las tormentas
 y ridiculizan gatos negros.

Quiero descender
 por ese sueño ebrio
 lleno de escaleras,
 monedas y símbolos,
 a veces tan lúcido



Semillas de futuro

como el eco de aplausos
 sobre el Escenario,
 donde no existe equilibrio,
 estrecho manos vacilantes,
 saboreo andenes
 fríos.

La gran broma embellece al Verbo
 con la máscara del tedio
 y sazona el olvido,
 solo así puede seducir a los descarados.

¹ Estudiante de Licenciatura en Inglés Universidad del Tolima.

DENUEDO, DECENTE DUDA

Mauricio López²

Desvirtuada demostración,
decisión difícil.

deficiencia descartada.

Dosificando descaros
discrimino debilidades.

Débitos descubiertos
desde dizque dones del drama....

-decurso dirían-
delegando descansos, distraigo despistes.

deletéreo derrotero.
-despotrico despacio-
“di meres. di retes”.

DIUTURNA, denostada dirección diaria.

Divisando delación de desempeño deficiente,
por previstos pasos.

Pesada prisa.
pretensión:
precisar prudentes puentes.

Para percutir pasados planteamientos,
por pervivientes pifias. Putrefacción propia;

parca....
perenne puntualidad.

Próximas proficiencias; perdida por peyorativos,
punitivamente pobres.

Pavoneanse perdularias posituras puteando
pestes puestas...

Para poder: PISO.

pellizco
prestidigitaciones;
pues procurados “postulados pro-activos”,

perfilanme perecedero, pero potente.

PLACER PERTINENTE.

² Estudiante de comunicación Social y Periodismo Universidad del Tolima.

MEMENTO MORI

Cristian Muñoz Amaya³

“Vosotros vagáis locos
buscando una salida
pero al igual que yo
no habéis podido encontrarla.”
Luis Vidales.

Vocablos vacíos amanecen en los días de odio,
bajo la lluvia, al lado de un árbol
y una estatua de algún Hombre que,
como encerrado en bronce,
está destinado a guarecer mierda en su solapa.

Poetas ebrios, hombres de Religión o Ciencia,
Todos, sin excepción alguna,
héroes muertos, lucen sin desvarío
el rostro de quien contempla lo-seguro.

Y lo-seguro es el árbol que, de tanto esperar,
desfiguró sus hojas precipitadas en el asfalto.

³ Estudiante de Licenciatura en educación básica con énfasis en humanidades y Lengua Castellana. Universidad Surcolombiana.



La flor azul se abrió en su mente

GUSANO DE SEDA

Leidy Mayorga⁴

El gusano de seda
es presionado por la palma entumida
que espera fervientemente
que su flor se despierte
y segregue mieles de placer.

La angustia no cesa y la soledad golpea,
el gusano pierde su forma y vuelve a su lecho,
mientras la palma se afloja y la flor se adormece.

⁴ Estudiante de Especialización en educación Universidad del Tolima.

GATO

Ángelo Mauricio Jara

El gato llega con el veneno salvaje de la noche en su hedor

Reclamando un cariño no necesitado

Mientras espera la presa que consentirá sus entrañas.

La ausencia reclama otros sabores, vertiginosos viajes por la vía que expía el sabor de la pasividad

Y allí, un hedor indeciso se come la tranquilidad y la convierte en foco de sus perversos deleites.

Es la nomenclatura de la noche, un ser ausente al ritmo cardiaco de los sueños bajo los cuales reposan los latidos de los muertos.

Un ojo me observa desde el otro lado del mundo.

¿Cómo poder vivir con eso?

GRITO DE LA TIERRA

Ángelo Mauricio Jara

Desolados veo los rostros de muchos hombres (a veces veo sus caras),

Todos en sus razas, credos y colores.

Tiempos, sucesos y decesos,

Hijos del tiempo, que por razones incomprensibles están aquí.

¡Grito de la tierra!

No pertenezco al tiempo.

No pertenezco a ningún tiempo.

Camino errante,

Me aferro a la nada.

Extraño amor por el caos,

Por incomprensible.

Todos rostros y cuerpos,

La calma muerta.

¡Grito de la tierra!

Espacio de confusión,

Lo certero existe.

Conciencia de muerte, de futilidad.

¿Todo vale nada y todo de nuevo?

O ¿piensan en la trascendentalidad de las acciones,

más allá de la economía de la vida?

¡Grito de la tierra!

El mundo gira

Demasiado rápido,

Para pretender quedarme quieto.

-Bajo este sol contemplo mi momento.

JANIS SUENA

Alejandra Guerrero.⁵

Trato de *alcanzar tu mano* en este *blues cósmico*,
estoy atada con *una bola y una cadena, pensando*
esa canción donde solo estamos *Bobby Mc Gee y yo* en su *Mercedes Benz*,
créeme, al final solo necesito
un hombre
para amar en cada tiempo de verano

JANIS SUENA

I try to **rise your hand** on this **Cosmic Blues**,
bounded with a ball and chain,
thinking about my song, where are just Bobby Mc Gee and I
in his Mercedes Benz. Trustme, at the end,
I just need a man to love in every summertime.

TRY, PATRICIA.

Si yo hubiera estado triste, podría comer tus palabras.
Pero ya no estoy **perdido en este amor.**
Entonces **debes ir a casa.**
Por ahora, lo único que necesito son **placeres regulares.**
Redención en el **fuego. Luna.**
Pistas, piezas para encontrarme de nuevo.

TRY, PATRICIA.

If I were blue, I could eat your words.
But I'm not **lost in this love** anymore.
Then, so, **you gotta go home.**
By now, only thing I need it's **regular pleasures.**
Fire redemption. Moon.

⁵ Licenciada en lengua castellana Universidad del Tolima.

La arena del naufrago



Fotografía por: Lauren Mendinueta (Lisboa, 2014)

Hernán Vargascarreño (Zapatoca, Santander, 1960). Docente de literatura egresado de la UIS. Dirige la revista de poesía *Exilio*. Entre otras, ha recibido las siguientes distinciones: Premio Nacional de Poesía Antonio Llanos (Cali 2000); segundo finalista en el Premio Nacional de Poesía Ciudad de Bogotá IDCT (2002); Premio Nacional de Poesía sin banderas de la Casa Silva (2003); Premio Nacional de Poesía José Manuel Arango (2010). En el 2012 fue uno de los docentes ganadores del Concurso Nacional de cuento Ministerio de Educación-RCN, con el cuento *Morir un poco*, en el que relata el suicidio de la poeta María Mercedes Carranza. Libros publicados: *País íntimo* (2003), *Piedra a piedra* (2010), *Tempus* (2014), *El viaje* -antología personal- (2014) y *Marejada* -Antología de mujeres poetas del Magdalena- (2014). Es autor de las traducciones publicadas en las antologías *Almenas del tiempo*, de Edgar Lee Masters (2012) y *¿Quién mora en estas oscuridades?*, de Emily Dickinson (2014). Como antologador ha publicado en la revista de poesía *Exilio* antologías de Giovanni Quessep, Olga Chams, Harold Alvarado Tenorio, Miguel Méndez Camacho, Piedad Bonnett, Gabriel Jaime Franco, Ela Cuevas, Luis Haroldo Turizo, entre otros.

EN TORNO A HORACIO

-Adriano, ahora que los tañedores descansan
y liras, cítaras y caramillos
parecieran soñar la música,
prosigue hablándome sobre el Tiempo.

-Caro Antínoo, ven, recuéstate a mi lado:
El Tiempo es solo una ilusión perenne.
Por ejemplo, ahora mientras escuchas,
mientras hablo, muere un enigma,
crece una caricia, nace una monstruosidad.
Ser feliz, en este instante,
es más sustancial que medir las horas.
Nosotros somos el tiempo, Antínoo,
esta leve brisa de abril que apenas nos acaricia.

A propósito, nuestro poeta Horacio
nos legó algo valioso sobre el tema:

*“Para destruir la ansiedad de la espera
-el tiempo ya escapa por entre estas palabras-
gocemos. Robate el minuto.
No deposites la más mínima fe
en el instante que viene.”*

Sí. Gocemos. Robémonos el instante.
Como nosotros, el tiempo también es un viajero,
solo que él lo hace a perpetuidad
y su Sueño nos inmolara para ofrendarnos
el alivio del olvido.

El tiempo, el mismo que ha depositado en mis
manos
este Imperio para que yo batalle contra el mundo,
o la serena floración de tus labios
para que me doblegue ante los misterios del
amor.



¿Quién puede enfrentarse al tiempo, Antínoo,
quién asirle siquiera
una guedeja de sus oscuros cabellos?

Es él quien enceguece con obsequios veleidosos,
permite gozar de efímeros palacios,
vapulea a su antojo
y luego nos arroja a sus vastas oquedades.

Si nos balanceamos en su juego,
acariciamos sus días y lunamos sus noches,
si nos dejamos arrullar por sus ocasos
y tratamos de no entender, solo así, Antínoo,
sucumbiremos esplendentes
al espectro de su vana apariencia.

No temas más, lirio de los dioses,
fragancia de la tarde,
hace mucho que el tiempo y sus secuaces
han fraguado nuestro olvido,
y mientras ese instante demore su llegada,
el devenir esculpe, abundante y lento,
la dicha entre nosotros.
Gocemos. Robémonos el instante.

HONDA

Envidias
la libertad del pájaro que pasa
y por un momento quisieras transmutar
tu figura
tus miserias
tus ilusiones
en ese frágil destello de la tarde,
olvidando que el pájaro cumple
con sus inagotables oficios:

provisiones migraciones nidadas
y están además sus constantes peligros:
la simple honda
de un chicuelo, por ejemplo.

Envidias
la libertad del pájaro
que por un momento arroba tu esencia.
Mira un poco más alto:

¿Ves cómo la gran honda que es el Universo
nos apunta desde siempre ?

EL INSTANTE

Antínoo, apresta tu oído
para las Ideas del poema,
para su Música leve.

El instante suele ser eso:
destello, brevísima ofrenda.

Has de percibirlo,
aprehenderlo y traducirlo
entre las líneas del poema.

Con exquisita calma vendrá luego
el laborioso oficio de quien pule
en su intimidad una piedra preciosa.

No olvides ni postergues
los sagrados ritos de tus oraciones.
Celosos como son, los dioses acogerán
con primor tus ofrendas más puras.
Y de nuevo le otorgarán a tu Palabra
-mañana, en otros instantes similares-
las Riendas,
la Belleza al viento
y la Fuerza
que la Poesía tanto nos solicita.

LECCIÓN DE HISTORIA

La historia
tal vez dirá un día
que yo, el Emperador Adriano,
no pudo gobernar en su corazón:
ese reino donde campeó el amor
a sus anchas, inmisericorde,
bajo el doloroso nombre de Antínoo.

Y no habrá error
al afirmarse tal hecho.

Solo ese territorio tan íntimo,
tan engañoso y diminuto,
tan cruel en su vastedad,
logra doblegar solitario
-desarmado y desnudo-
aquel supuesto y débil poder
que en vano ostenta
la vanidad de los hombres.

GUERRERO

El guerrero
ha perdido el camino
a casa;

Los dioses del amor,
silenciosos, apenas una brisa,
condolidos lo contemplan.

Mas a su alrededor
solo precisa vislumbrar
un asombrado desierto;
lo más importante
lo ignora:

Ni el camino
ni la patria
existen ya.
Ni siquiera él.



Desde abajo

ESTANCIA

La casa inunda
con sus enormes estancias.
En los patios, la lluvia
abandona sus huellas somnolientas.
Sin temores los gatos entran
y cazan pájaros
que montes y vientos prodigan.
Escucho mis pisadas de animal
cuando la luna invade corredores.
Advierto tus roces entre el jardín
cortando tus hierbas favoritas.

Así el olvido,
que sin afanes extiende sus raíces.
Un encuentro presentimos.
Los dos lo sabemos.
Cualquier instante podría tropezarnos.
Pero, qué ha sucedido con el tiempo
dónde estamos
dónde estás
quién de los dos partió primero.

TEMPUS

El Tiempo ha logrado doblegar
este cuerpo enfermo y envejecido.
Batalló siempre mi alma entre
los más exquisitos placeres;
gloriosas esencias me prodigó el amor,
encuentros con la más absoluta Belleza.
Y muy a menudo se debatió mi espíritu
con el suicidio, ese vino
con que siempre me sedujo la Poesía.
Por alcanzar la belleza pude resistirlo todo
-con mínimas fuerzas y copiosas lágrimas-
todo pude resistirlo, menos el horror
que siempre tuve de mí mismo.
Ahora que la muerte
me ofrece sus cómodas vestiduras,
me incomoda más este otro que me habita:
el mismo que duda al entregar su espíritu
por horror ante la más absoluta soledad.

PARA ESCRIBIR UN POEMA

Observar la levedad de un pájaro
sobre una rama en flor; desgajarla
-sin siquiera atreverse a desgajarla-
y con esa ilusión
convocar ciertas palabras
con su invisibilidad hacia el azur.
Un vino sobre la mesa, servido
para nadie, convoca los espíritus.
La fragua de la rama en flor,
su memoria de cantos de pájaros,
la imagen del vino ofrendado
sumados al más secreto talismán
de tus posesiones, hará que las
palabras se asomen a curiosear.

Lo demás es cuestión de orden,
belleza y salutación de dioses.

Como lo que no existe,
el poema se posará
en el vado del silencio
solo un brevísimo instante:

Criatura de alas transparentes.
Preciosidad que huye de las jaulas.
Ilusión de frágil destello
que tiembla en el aire
justo al momento
de su invisible vuelo.

*Adriano,
te queda ahora media vida
para llevarlo a las palabras.*

ORACIÓN A UN DIOS DESCONOCIDO

Donde quiera que seas o no seas
en este universo que ilimita
y sueña el pensamiento.

Allí donde brote una flor translúcida
íntegramente ignota a nuestros sentidos.

Tras el confín de los fines, si hay un fin.

En una piedra incandescente amasada
de sustancias que no calcinen nuestras manos.

Dentro de un ser de absoluta belleza indefinible
capaz de ennoblecerlo todo con su única presencia.

En un dolor que no respira en nuestra vida.

Sobre un viento extraño que agite y se revele
a otros árboles presentidos, tan frescos tan vívi-
dos
como aquellos que desde la infancia reverdecen.

En el grito de un pájaro que traspasa noche
detrás de un mundo que no vemos... pero que
existe tan real como esta mano que acaricia el
vacío.

Allí donde el sueño de los sueños tenga su morada
y nadie sepa quién es... pero sea soplo de la
Dicha,
habrá un dios desconocido esperando nuestros
votos.

MeacojoatusabiaInexistencia,ohDiosdelosVacíos,
a tu posible Sustancia e Insustancia de la Nada
en medio del relámpago que atraviesa al Corazón.